

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

MIÉRCOLES, 10 DE ABRIL DE 1861.

NÚM. 7.

SUMARIO.

Crónica general.—*La Moneda*, por D. Juan Bautista Cantero. -- *La Pintura en España, durante el reinado de Felipe IV*, por D. E. V. (conclusion).—*Soria y Numancia*, por D. Juan Saiz de Arroyal.—*Bosquejo de la historia del arte*, por D. Andrés Borrego.—*Estudios sobre la fábula*, por D. Miguel Agustín Príncipe.—*El califa*, (traducción libre de Florian.) Fábula por idem.—*Revista de Madrid*.

CRÓNICA GENERAL.

I.

Con general impaciencia se esperaba que comenzasen las sesiones del Congreso suspendidas durante la Semana Santa; las noticias que habían circulado acerca del debate que se proponía suscitar uno de los hombres más notables de la unión liberal, la anunciada interpelación de los individuos de la minoría progresista sobre la política que el gobierno había seguido en los asuntos del interior, y el afán que mostraba este de tener á todo trance mayoría, para lo que no cesaba de enviar despacho sobre despacho á los diputados sus amigos que habían ido á pasar las vacaciones á las provincias, escitándolos á que volviesen cuanto antes, bastaban para legitimar esa impaciencia.

Pero contra todo lo que se esperaba, comenzaron las sesiones sin que ocurriera ninguno de los sucesos anunciados. El personaje de la unión liberal á que aludimos no habló el primer día de sesión, como se creía, ni ha hablado aun; y según los mejores informes, no es tampoco probable que hable ya. Desvirtuado el efecto que el anuncio de su discurso opositorista llegó á producir, apercibido el gobierno sobre el modo de combatir sus argumentos, y no habiendo tampoco perdido el tiempo, sino aprovechándolo, y no sin fruto, al parecer, en negociaciones con algunos individuos de la fracción disidente, y con otras personas, sus palabras estarían ya desposeídas de aquella fuerza que se les atribuía y que se juzgaba suficiente para poner en gran apuro, y aun en inminente peligro, al ministerio.

La aglomeración de diputados de la mayoría fué la única cosa que llegó á realizarse. En los tres últimos días festivos llegaron á la corte más de sesenta representantes del país, resueltos á votar con el gobierno cualquiera que fuese la marcha de los sucesos, la actitud que este tomase y la justicia que asistiera á los que le hacían la oposición.

Comenzaron las sesiones con la discusión del proyecto de ley de contabilidad provincial y municipal,

que no fué muy larga, porque las oposiciones comprendieron que estando ya probada la ley de gobierno de las provincias, y siendo esta su consecuencia y complemento, no tenían otro recurso que dejarla correr y ponerse al lado de aquel monstruoso engendro. Tan solo algun artículo, como el que autoriza á las diputaciones provinciales para recargar hasta con un 100 por 100 la contribución de consumos, fué impugnado; pero sin que las poderosas razones que adujeran los impugnadores bastaran á impedir que se aprobara como todos los demás.

Varias interpelaciones, y proposiciones, y algunos proyectos de ley y dictámenes de las comisiones fueron después objeto de debate.

Entre las primeras figura una referente al estado en que se hallan los expedientes de reelección de aquellos diputados que en cambio de *sies* han recibido gracias del gobierno. Individuo de la mayoría hay, que hace *diez y ocho meses* que mereció ser distinguido con una gran cruz ó cuando menos con alguna encomienda de otra más pequeña, ó bien recibir un ascenso con aumento de sueldo por supuesto, ó, finalmente, y esto lo más frecuente, ingresar de buenas á primeras en el servicio del Estado en una posición demasiado elevada para sus escasas dotes y cortísimos merecimientos; pero como los votos de estos individuos eran necesarios para que no se desvirtuase el efecto de la *gran* mayoría, y los electores que los mandaron al Congreso, estén en su generalidad arrepentidos y quieran sustituirlos con personas desafectas al gobierno, los expedientes de reelección, á la cual quedaron sujetos por esas gracias, descansaban en paz y todo seguía como si tal cosa. Necesario era poner término á ello, y á conseguirlo se dirigieron las escitaciones de algunos diputados; aun cuando, como era de esperar, no es gran cosa lo que han logrado.

Siguió á ella otra sobre la manera con que la fiscalía de imprenta usa del derecho de recogida que la ley le concede en comandita con el gobierno civil; tratabase de un diario de la mañana que había sido secuestrado por comentar cierto escrito de un prelado. El gobierno, por el órgano del ministro de la Gobernación, manifestó después de haber oído la lectura que el interpelante hizo del artículo recogido, que no lo creía merecedor de recogida; pero dando á entender de paso que no le pesaba que hubiera sido secuestrado, para por si acaso; y llevó muy á mal que los diputados fuesen allí *con esas cosas*, cuando los periódicos tenían espedito el medio de acudir al tribunal para poner en claro si es ó no culpable aquello porque se les recoge.

Pero como desde luego se comprende, este es un remedio *á posteriori* que no puede nunca convenir á las empresas periodísticas. Sea ó no condenado despues el artículo por el tribunal, siempre tienen que sufrir el perjuicio de la recogida, hacer los gastos á ella consiguientes, y dejar un día á los suscritores sin periódico; cosas que no subsana la declaracion posterior absoluta del tal tribunal. Esto sin contar que la convinacion de la manera con que segun la ley de imprenta vigente se forma ese tribunal y el olvido completo de la conveniencia de la inamovilidad de los funcionarios del orden judicial, hace que los periódicos no fien tanto, como debieran á ser otras las circunstancias en el resultado favorable del recurso que interpongan contra el veto fiscal.

Por lo demás manifestar disgusto porque los diputados usen de su derecho en este punto, equivale á poner en evidencia que el negocio es espinoso, y que no se sale de él con la facilidad que de otros; todos los recursos oratorios no bastan para convencer al país de que es oportuno tener sujeta la prensa á semejantes accidentes, y que el gobierno obra bien tolerando esas y otras cosas.

En cuanto á proposiciones, una encaminada á que el Congreso acordase que se pasaran á las secciones para el nombramiento de comision los documentos presentados por el gobierno, cuando pidió la prórroga del plazo para la ejecucion de la ley de los 2,000 millones, fué la mas interesante, y no consiguió ser aprobada.

Los proyectos de ley estuvieron representados por el de imprenta, y otro sobre la edificacion en los campos, aquel del gobierno, y este de algunos diputados.

De suponer es, que tal como está, no llegue á ser ley el proyecto de ley de imprenta, y que sufra muchas modificaciones en la discusion; pero como siempre quedará gran parte de lo inconveniente, pues que para que no quedase nada, seria necesario que desapareciese del todo el proyecto, cosa improbable en vista del número de votos que reúne la mayoría; deben los periódicos irse ya conformando con lo que les espera, y armarse de resignacion para sufrir las consecuencias del nublado que para descargar sobre ellos se acerca.

Bien examinadas la nueva ley y la vigente, seria cosa de quedarse sin ninguna; pero en la precision de escoger entre ellas, es muy dudoso que las empresas periodísticas se decidiesen unánimemente por la nueva. Verdad es que disminuye el depósito, y establece el jurado; pero tambien lo es que esa disminucion es cuestion muy secundaria para los periódicos, que lo mismo vivirian con los 300,000 rs. de la ley actual que bajo otra que elevase al doble ó al triple los depósitos; y que la institucion del jurado se desvirtua por completo, tanto por las trabas que establece para formar parte de él, como por el juzgado especial de imprenta que se crea; y en cambio de todo ello y para neutralizar ventajas mucho mayores, están ahí los títulos que enumeran los delitos y las faltas que pueden cometer los periódicos y el que marca las penas con que han de reprimirse, al lado de los cuales es suavísima y apetecible la ley de los ultra-moderados.

Imposible es leer los títulos de los delitos y faltas sin

poner en duda la posibilidad de escribir. Cuantas cosas pueden decirse, indicarse, y aun darse á entender, otras tantas están comprendidas entre aquellos ó entre estas; hasta las mas insignificantes, hasta las mas inocentes noticias podrán llegar por esos títulos á convertirse en faltas graves, y aun en delitos de los mas merecedores de dura represion. Para conocerlo puede pasarse la vista por el título de las penas, y allí se encontrarán no tan solo las pecuniarias de la ley actual, sino otras personales de que tuvo cuidado de no hacer mérito la ley de los ultra-moderados. No tan solo habrá multas, sino prision, y no multas como ahora, sino mas crecidas, puesto que por regla general desaparecen las de 4 y 6,000 rs., que ahora suelen ser las mas frecuentes, para convertirse en otras de 10,000 y 15,000 rs. por *mínimum*.

La nueva ley no es ni mas ni menos que una segunda edicion corregida y aumentada de la vigente; conserva todos sus errores, no la despoja de su severidad, y añade al catálogo de los delitos y de las faltas, cosas que ahora pasan sin represion.

De los dictámenes el referente á la exposicion de los vecinos de Chaguazoso, para que se escite el celo del gobierno, á fin de que obtenga del de Portugal la devolucion de los ganados que en enero último les quitaron los portugueses, dió lugar á una ligera discusion en la que manifestó el presidente del Consejo de ministros que se habian dado y estaban dando los pasos necesarios para alcanzar esa devolucion, y que el asunto estaba en vias de un satisfactorio arreglo. Otro del ayuntamiento de Lérida para que se nombre una comision especial, que examinando los antecedentes, proponga la construccion de un ferro-carril de aquella capital á Francia por Coll de Fou, fué aprobado, acordándose que no habia lugar á deliberar.

Pero los incidentes mas notables han sido la interpelacion de los progresistas y las manifestaciones de un diputado que acaba de ser condenado como reo de cohecho, por los tribunales acerca de los motivos de la causa que se le sigue.

El gobierno se negó á contestar á la interpelacion de aquellos, pero obligado por una proposicion que presentaron, no tuvo mas remedio que entrar en un debate que con razon rehuia, porque salió de él bastante mal parado. Si hubiéramos de considerar el asunto bajo el punto de vista de las aspiraciones de los partidos, no daríamos seguramente gran importancia al debate, cuyo resultado fué evidenciar que el gobierno no habia seguido la marcha que los progresistas hubieran deseado que siguiese, sino otra que es la misma que en igualdad de circunstancias hubiese seguido cualquier ministerio moderado; pero sacándola de este terreno, toma otro aspecto. De ella se deduce que, deliberada é intencionalmente ha adoptado el gobierno, en cuantos asuntos tenia que resolver en la politica interior, acuerdos diametralmente opuestos á las exigencias de la causa liberal: que siempre que ha tenido que escoger entre la libertad y el retroceso, ha optado por este; que la politica interior, desde que el actual gobierno está en el poder, ha sido esencialmente reaccionaria.



Esto, que fué lo que los progresistas se propusieron suscitando este debate, lo consiguieron por completo; la votación que á él hubiera seguido, carecía ya de objeto, y por lo mismo la minoría progresista retiró la proposición sin querer poner á la mayoría en el apuro de demostrar una vez mas al país, que no se inclina al lado de la justicia, sino al del ministerio, que es el que dá destinos y condecoraciones.

Una declaración importante hizo en esta discusión el presidente del Consejo de ministros; que el gobierno presentará un proyecto de ley acerca de la reforma constitucional, que tenderá probablemente, según puede deducirse de sus palabras, á anular la reforma hecha.

Hace tiempo que se venia anunciando que el diputado de que dejamos hecho mérito, se proponia hacer curiosas revelaciones en el Congreso acerca de la causa de los sucesos que lo han sometido al fallo de los tribunales, y que se aseguraba que el gobierno miraba el asunto con particular desagrado y temia que llegase á hablar el diputado en cuestión.

La manera con que el presidente del Congreso le retiró la palabra cuando comenzaba á entrar en materia, y esquivó el efecto de la proposición que para esplanar sus quejas presentó, levantando la sesión pública y permitiéndole hablar tan solo en la secreta, demuestra del modo mas evidente que no se habian equivocado los que sospechaban que el gobierno estaba muy prevenido y temia las tales revelaciones.

La alta Cámara ha celebrado muy pocas sesiones á contar desde la publicación de nuestro número anterior. El informe de la comisión encargada de dar dictámen sobre la petición de un crédito extraordinario para material de artillería, y la interpelación sobre los medios que el gobierno habia adoptado para disminuir la trata de negros, han sido los únicos asuntos de que se ha ocupado. Destituido el primero de verdadero interés, y falta también de él la discusión acerca del segundo por haberse ventilado estensamente la cuestión de la trata en una y otra Cámara con ocasión de las insolencias de lord Palmerston, han apartado la atención pública de las sesiones del Senado.

II.

Cada dia es mas grave la situación de Europa; la guerra, ese terrible azote de la humanidad, amenaza estallar de nuevo y conmover nuestra débil sociedad. De un lado Italia y Austria, de otro lado Austria y Hungría, mas allá Rusia y Polonia, cerca de nosotros Inglaterra y Francia, todos animados por secretos y poderosos odios, por ambiciones desmedidas, por nobles deseos, por justas aspiraciones, pretenden encender de nuevo la tea de la discordia y fiar á la suerte de las armas la causa de la justicia, del mismo modo que otros fían la causa de la iniquidad.

Vamos á asistir á una de las conmociones políticas mas trascendentales: si la guerra empieza, que es lo probable, sus consecuencias tienen que ser grandes, sea donde quiera el lado hácia el cual se incline la balanza. Lo mismo que en Italia, en el Norte de Europa

hay pueblos oprimidos que esperan el momento de recobrar su libertad perdida, pueblos que como Polonia, con un pasado brillante, con un porvenir sonriendo á la felicidad, ven su terrible presente y quieren huir del pasado cautiverio en que viven. El dia en que la guerra estalle, ya saben ellos en donde está su puesto y es seguro que no faltarán.

Como si todos los combustibles hacinados no fueran bastantes para levantar el gran incendio, el Júpiter francés, el nuevo dador de tronos, busca entre las tinieblas de su incierta política, las nuevas y tortuosas sendas que conducen al templo de la diosa *Casualidad* á quien rinde el culto mas ferviente, y no teme comprometer su suerte y la suerte de aquellos pueblos que tienen en la Francia un poderoso aliado.

La vacilación y el misterio guían en su política al emperador de los franceses.

Confía en una cosa inesperada, confía en que los sucesos se precipiten, y le marquen la línea de conducta que debe seguir; lejos de dirigir esos mismos sucesos espera á que estos, con su terrible fatalidad, le arrastren y le lleven: ¿á dónde? hé aquí el misterio.

Pero en tanto el horizonte europeo se oscurece cada vez mas, la revolución llama á todas las puertas, no hay un solo rayo de luz que pueda servir de guía en caos tan tenebroso, y sucederá sin duda alguna, que lo imposible, lo que no se espera, prevalezca.

Cada vez se hace mas inevitable la lucha.

Austria envia sus batallones á cubrir las plazas del célebre cuadrilátero, pero en vano los soldados austriacos llegan al Véneto, contra ellos claman las vigas del maderaje, como dice la enfática voz del Profeta, y los venecianos, ese otro pueblo un tiempo temido y respetado, tratarán de recobrar su perdida nacionalidad para unirse á sus germanos de Italia.

Poco importan las frases amenazadoras del general en jefe de las tropas austriacas; ya no es el Piamonte, sino la Italia quien amenaza arrojarle de sus posiciones; Venecia, Mantua, todos los pueblos italianos que se hallan todavía bajo el poder tiránico del Austria, han dado muestras de no temer á sus opresores. Además, el Tirol italiano pretende, como la Hungría, recobrar su autonomía y tener un Congreso especial que trate todas las cuestiones, en especial aquellas que por ser suyas, conocen mejor.

Pero hemos ido mas allá de lo que nos proponíamos.

Puesto que nuestro objeto es solo presentar el animado cuadro que presentan las naciones europeas que van á tomar parte en la sangrienta y terrible lucha que en vano tratan algunos de conjurar, concretémosnos á esto y esperemos á los sucesos para juzgarlos.

Todos, absolutamente todos los que siguieron la célebre campaña de 1859, comprendieron que la paz de Villafranca no era una solución, sino una tregua: lo que pasó despues, lo prueba bien claramente. El rey de Nápoles perdiendo su trono. El Papa despojado de las Romanías, la cuestión del poder temporal en pie todavía, y amenazando turbar esta paz dudosa de que gozamos, todo era consiguiente; la diplomacia no pudo ni supo arreglar en sus célebres conferencias, lo que solo ha de decidir la fuerza, y hé aquí que despues de dos

años, volverá á reproducirse la guerra, tan pronto pasen los austriacos las orillas del Pó, como en otro tiempo los del Tessino. ¿Las pasará? ¿Sera atacado antes que Benedek haga mover su ejército hacia las hoy fronteras del nuevo reino de Italia? Hé aquí lo que se ignora.

La presencia de Garibaldi en Turin, los alistamientos de voluntarios, la organizacion de este pequeño ejército, sí, pero audaz y afortunado, la insistencia con que la Hungría pide y defiende sus derechos, todo indica que por esta parte la lucha será terrible. No alcanza la mente á trazar el cuadro que presenciariamos si la fortuna, veleidosa siempre, ayudase á los austriacos, y la obra de dos años, la obra de la regeneracion italiana viniese á tierra.

En Hungría la agitacion es creciente y ofrece un peligro constante para el Austria, cuyo poder se deshace y concluye. No se diga que el partido magyar ó de la nobleza es quien allí sostiene vivo el odio contra sus opresores, no, el régimen político que la casa de Ausbourg ha seguido en aquel desgraciado pueblo, las tardías é inútiles concesiones que hizo, la significacion que ha tenido siempre el Austria y que le ha valido ser en 1848 escluida de la Confederacion, es bastante para que los húngaros se nieguen á reconocer por rey aquel á quien la Dieta general no ha reconocido. No bastará que las vestiduras estefánicas, y el manto del santo rey cubran al emperador Francisco José, es necesario que una Dieta, libremente elegida, le reconozca sus derechos, que jure como es costumbre, ante la Dieta y ante el pueblo, y que sea, en fin, aclamado para que la coronacion sea algo mas que una ridícula farsa.

Pero no son solo del lado de Italia y de la Hungría de donde pueden surgir graves compromisos para el Austria; en el seno del gobierno austriaco reina tambien la indecision, y se disputan la preferencia en el ánimo del emperador los hombres que representan al partido alemán y los del húngaro, amenazando turbar de este modo la paz interior y preparar el camino á los enemigos del poder austriaco.

La chispa de la revolucion puede caer en el seno de la Alemania. Prusia, que con una perseverancia en un todo igual á su ambicion, trabaja por ocupar en Alemania el rango que de hecho y de derecho ha pertenecido hasta aquí al Austria, no está del todo libre. Mas allá, en Dinamarca, se agita una cuestion importante, y bien puede creerse que la cuestion del Holstein está preñada de tempestades. El manifiesto que uno de los pequeños príncipes alemanes elevó al rey de Dinamarca, causó en este la mas profunda impresion por las ideas revolucionarias que en él se leían, mucho mas significativas por la persona que las firmaba. Todos saben que la Dinamarca sostiene con teson su pensamiento respecto al Holstein y al Slewigh, y que ni las reclamaciones de la Inglaterra y Rusia pueden arrancarle mas que tardías y aparentes concesiones, puesto que en realidad no accede á las principales peticiones de los pequeños Estados. ¿Qué hará pues, la Prusia que los protege, el día en que estos opongan la fuerza á la fuerza?

Llamada la atencion de Rusia hacia Polonia, fija su mirada en el moribundo imperio de Oriente, esperando el momento que pueda estender sus dominios, siguiendo los movimientos de los montenegrinos y de los bosnios, hostiles á la Sublime Puerta, que reciben armas y dinero y instructores de la Francia y de la Rusia, oponiendo nuevos obstáculos á la Inglaterra en su protectorado de las Islas Jónicas, ¿qué puede hacer en favor de Prusia, potencia con quien le liga la mas estrecha amistad? Nada.

Prusia tendrá que atender sola á conjurar el movimiento que, como en 1848, no tardará en estallar en Alemania, tan pronto una guerra poderosa estalle en Italia y Hungría, y nadie puede saber lo que sucederá entonces. La Polonia es un grave peligro, á la vez que para Rusia, para la Prusia y para el Austria, y aunque no podemos menos de confesar que en esta ocasion la Rusia ha dado grandes pruebas de prudencia, Polonia, como todos los pueblos esclavizados, no pueden contentarse con pequeñas reformas y con promesas de otras mas importantes, pues una y otra cosa la toman como sintoma infalible de debilidad. El telégrafo anuncia en este momento que en Varsovia ha tenido lugar un conflicto entre los polacos y las tropas rusas, ¿no nos indica esto que semejante cuestion se presenta ahora en toda su gravedad? ¿No vemos aquí una nueva y terrible complicacion de los sucesos que estamos llamados á presenciar muy pronto?

¿Y Francia? Y esa potencia que se ha complacido en evocar todas las tormentas, ¿gozará en paz de su obra? No ciertamente; Italia la llama de nuevo para que combata otra vez á su lado, graves complicaciones interiores pueden tomar sério aspecto el día en que los piamonteses hagan de Roma la capital del nuevo reino italiano, sin que el César lo impida, y este no debe olvidar nunca que si su pueblo es el eterno enemigo de Inglaterra, esta última nacion es el enemigo peor que puede tener la Francia y el César, á quien los ingleses han dicho ya que si Napoleon I descansa hoy en el suelo francés, no sabe el heredero de su nombre y su poder, en qué tierra estraña descansarán sus cenizas.

Tal es el estado en que se halla hoy la Europa.

La cuestion italiana ha dado la señal, y esta la oyen los pueblos muy pronto.

El que tiene por política crear un nuevo derecho sobre la ruina de los demás, el que hace del sufragio y de la revolucion un palanca, puede y debe temer á la revolucion y al sufragio.

El ha dado principio á la obra, nadie sabe todavía quién debe concluirla, y sobre todo, quiénes deben perecer en ella.

Esperemos á que los sucesos vengán á decirnoslo; por hoy basta que concluyamos asegurando, que la guerra, una guerra terrible y de trascendentes resultados, llama á las puertas de Europa. Todos los Estados deben conmoverse á su impulso, todos han de ser partícipes de los buenos ó malos resultados, ¡ojalá que la suerte incline la balanza hacia aquel lado mas útil y provechoso para la humanidad!

LA MONEDA.

I.

La moneda es un instrumento que sirve para verificar los cambios, teniendo en sí mismo un valor equivalente al objeto en cambio del que se da ó se recibe. Es principio económico que la venta constituye solo la mitad de un cambio, el cual no se realiza por completo hasta que la moneda recibida se emplea de nuevo haciendo una compra. Un ejemplo nos dará la definición mas clara. Un comerciante vende en cien reales veinte varas de algodón, y los emplea luego en comprar una mesa: este es un cambio completo, pues la moneda ha servido de intermediario para cambiar las veinte varas de algodón por una mesa.

Un real, es una cantidad de plata cuyo peso ha sido fijado por la ley, cuyo sello garantiza el valor que representa. Lo mismo sucede con una pieza de oro de cinco duros. Y haremos observar aquí, que tomamos por base el último sistema monetario establecido en España, á fin de que siendo mas claras nuestras conclusiones puedan tambien ser con mas facilidad comprendidas.

Por una especie de convencion tácita y universal, cuyo origen se pierde en la mas remota antigüedad, los hombres resolvieron emplear el oro y la plata para hacer la moneda (1). La cualidad que tienen estos metales de ser poco variables en su valor con relacion á las demas mercancías, fué sin duda lo que llamó la atencion hácia ellos; y es preciso convenir en que esta cualidad, que llamaremos política, es una cosa muy esencial. Este valor relativamente fijo, no es, sin embargo, inmutable, á no considerarlo bajo cierto punto de vista, pues mas adelante veremos que á la larga el valor de estos metales es tambien variable, aunque no se halle sujeto á tantas peripecias como el de las otras mercancías.

Si se hubiera empleado el trigo como moneda, por ejemplo, ¿qué habria resultado? Que variando anualmente su valor, segun que la cosecha es mejor ó peor, no hubiera llenado la condicion esencial que hemos dicho debe tener la moneda, y los hombres se habrian visto en la necesidad de buscar otra mercancía que le reemplazase. Asi pues, todas las causas que hacen aumentar ó disminuir la produccion, influyen en el valor de la mayor parte de las cosas haciéndolo variar considerablemente en poco tiempo.

El valor de los metales que se llaman preciosos, aunque variable, está no obstante menos sujeto á estas alteraciones. Si se descubren nuevas minas, si se inventa un nuevo procedimiento para extraer mas fácilmente la plata del mineral, su valor disminuye. Si por el contrario, las minas se agotan, la produccion se paraliza y el valor aumenta. El valor de estos metales se halla pues basado en la mayor ó menor produccion y en los medios mas ó menos fáciles que se puedan emplear para verificar la extraccion. Razon tambien por la que vemos que el oro, relativamente á la plata, tiene mucho mas valor en un peso dado.

La plata existe en las entrañas de la tierra, en filon y combinada con otros metales de que es preciso separarla. El oro está en la superficie, entre las arenas. El largo y ancho de los filones de plata varia en extremo; M. Michel-Chevalier asegura que se han encontrado algunos de cinco y seis leguas de largo por un ancho de treinta, cuarenta, sesenta y hasta cien metros. Para explotarlos ha habido á veces que descender hasta seiscientos metros de profundidad, siguiéndolos en todas las sinuosidades de su direccion. El oro, diferentemente, puede decirse que solo se halla en la superficie de

la tierra, en los terrenos de aluvion y en su estado nativo, no habiendo, si se nos permite decirlo así, mas que bajarse para cogerlo. Suele encontrarse tambien en las arenas de algunos rios, pero en menos cantidad.

Esta circunstancia, al parecer indiferente, de existir la plata en filones y el oro sobre la superficie del globo, no es un fenómeno de pura curiosidad, es un hecho que tiene su importancia económica. Resulta de ello que la plata ofrece á la explotacion un vasto campo, mientras que los criaderos de oro, hallándose solo, como hemos dicho, en los terrenos de aluvion, se agotan mucho mas pronto.

Si nos remontamos un poco á la antigüedad, hallaremos países, como el Egipto, por ejemplo, citado por los célebres criaderos de oro que poseía, de los cuales hoy no se conserva ni aun el recuerdo. Del mismo modo veremos que en las Galias se han borrado hasta las huellas de las minas de oro agotadas por Julio César.

Los antiguos explotaron el oro y la plata, con preferencia el primero, por la ventaja que ofrece de presentarse en su estado nativo. Los romanos estrajeron ambos metales de las minas de Persia y de Grecia. Mas tarde los sacaron de las Galias y sobre todo de España cuyas minas eran y son aun muy ricas. (1)

Con la invasion de los bárbaros, la explotacion de las minas de oro y plata quedó completamente paralizada. Comprendian, sin embargo, que era preciso mantener la produccion, y es necerario confesar que por instinto, creemos poderlo llamar así, supieron distinguir las causas que podian influir en ella, y si bien devastaron las ciudades sin el menor miramiento, fueron mas benignos con la gente de los campos y se abstuvieron de talar y quemar la campiña. Apropiaronse las minas y abrogándose todos los derechos, quisieron ser los dueños absolutos de su explotacion futura. Esta misma ambicion de los conquistadores, fué no obstante, la que en cierto modo mató la produccion de los metales, sobre todo despues de abortar la tentativa que hizo Carlo Magno para despertar la civilizacion, porque viendo el pueblo que no podia aprovecharse de las riquezas que le brindaba su tierra, las ocultó.

Resultó pues, que las minas de oro y plata no produjeron mas que unos ocho millones de nuestra moneda en todo el tiempo que trascurrió desde la invasion de los bárbaros hasta el siglo xv.

La moneda, pasando continuamente de mano en mano, pierde mucho de su peso á causa del frote; los utensilios de plata y oro pierden por idéntica causa con mucha mas razon; las cantidades que los habitantes enterraban con objeto de sustraerlas á la rapiña de los conquistadores, cantidades cuyos escondites son aun la mayor parte ignorados, por haber muerto los que los conocian sin dejar ninguna noticia; todas estas causas, unidas á lo escaso de la produccion durante la época citada, hicieron disminuir considerablemente la cantidad de los metales preciosos, aumentando su valor relativo.

Por lo tanto, se comprende que el oro y la plata fuesen en extremo escasos en la época en que Colon salió del puerto de Palos en busca del nuevo Continente.

Otra causa hubo aun que influyó en la escasez de los metales preciosos. Los bárbaros, amantes como nosotros de los perfumes y las especias que venian del Asia y de la China, (2) y no pudiendo procurárselos sino en cambio de oro y plata, se valian de algunos atrevidos é intrépidos marinos para que arrojando los peligros del Oceano fueran á buscarlos. (3)

(1) (Año 3938 del mundo.) Sacaban los romanos de España metales de toda clase, especialmente oro y plata, beneficiando con la mayor inteligencia multitud de minas. (*Historia Universal.*)

(2) Plinio habla de la gran cantidad de oro y plata que se envió al Asia y á China en esta época.

(3) En este tiempo, dice Jacob, existian en el mundo conocido unos sesenta y cuatro millones de metales preciosos.

(1) Se atribuye la invencion de la moneda á Erictonoo, sucesor de Amphiion en el trono de Grecia. (Año 2600 del mundo.)

El valor del oro y la plata habiendo aumentado por esta causa, que cuando disminuye la cantidad de una mercancía su valor aumenta, puede calcularse, apoyándose en los datos suministrados por algunos célebres escritores, que en tiempo de Demóstenes, en Grecia, y de Julio César en Italia, el trigo valía en moneda próximamente la mitad de lo que se pagaba hace diez años. Por ejemplo, un hectólitro de trigo que se daba por tres gramos de oro ó por treinta y cinco de plata, costaba diez años hace ochenta gramos de plata ó seis gramos de oro.

Luego, á principios del siglo xv volvió de nuevo á aumentar el valor de los metales y un hectólitro de trigo no costaba mas que once gramos de plata. Pero en el intervalo que separa la segunda mitad de este siglo, hasta principios del xvi, se operó un nuevo cambio. La industria, resucitada por decirlo así, empezó á desarrollarse; las artes se vieron protegidas; continuó la explotación de las minas, abandonada durante algun tiempo; la producción aumentó considerablemente, y siendo la plata mas abundante sufrió una disminución en su valor; de modo que un hectólitro de trigo costaba catorce gramos de plata en la época en que el célebre Cristóbal Colón, lanzándose al Océano, piélagos inmenso, entonces desconocido, logró descubrir la América (1) guiado por la mano de Dios, que sin duda le habia marcado con el sello de la inspiración y del saber, cuando logró con su entusiasmo convencer y entusiasmar también á la católica Isabel Primera.

Todos saben que el célebre navegante encontró en el nuevo Continente minas abundantes, particularmente de oro. Por muy avanzados que los mejicanos estuviesen en la vía de la civilización, no podían explotar sino muy imperfectamente las riquezas que su fecundo suelo les brindaba, porque carecían del acero, uno de los principales agentes de la industria. Los españoles se limitaron á continuar la explotación con mejor fruto, gracias á los útiles instrumentos de que podían disponer y ayudados por los conocimientos que en la materia poseían. Pero durante los primeros años solo vinieron á España metales por valor de unos 60 á 70 millones.

Una casualidad vino á aumentar considerablemente la producción. Guardando su ganado de llamas un pastor que antes habia sido minero, notó cierto día algunas vetas de plata sobre la superficie del terreno. La historia no nos ha conservado el nombre de este hombre (2) que descubrió las minas llamadas del Potosí, proporcionando al mundo una exorbitante cantidad del precioso y ambicionado metal. Atraídos por el cabo del lucro, los hombres acudieron en tropel, apenas se difundió la noticia, y en aquella tierra inhospitalaria y mas inhabitable que la Siberia, se fundó como por encanto una población de mas de cien mil almas, exclusivamente dedicada á la minería. Al poco tiempo estas minas rendían un producto de 200 á 250 millones anuales. Esta producción extraordinaria ocasionó naturalmente al cabo de pocos años una baja en el valor relativo de la plata. En todos los mercados, y sin que los hombres pudiesen explicarse la causa del fenómeno que tenía lugar ante su vista, el valor de la plata disminuyó.

Estas minas se descubrieron en 1547, poco mas de medio siglo después del primer viaje de Cristóbal Colón.

Pero en 1570 fué cuando la producción aumentó de un modo considerable. Entonces la baja de la plata se hizo mas sensible. Ya, poco tiempo antes, las pequeñas cantidades de oro añadidas á la circulación habian hecho

disminuir de valor este metal. Es decir, que los precios se elevaron, ó para hablar económicamente, que á causa de la mayor abundancia de metales hubo que dar una cantidad mayor de ellos en pago de igual medida de otras mercancías. Hemos visto que al descubrir la América se daban 14 ó 15 gramos de plata por un hectólitro de trigo; pues bien, en esta época, para obtener igual cantidad de grano hubo que pagar 45 ó 50 gramos del mismo metal. Este fenómeno ocurrió primero en nuestro país, do de afluirán todos los metales de la América, después en Francia y en Italia á donde pasaban estos, á pesar de todas las prohibiciones del rey de España.

La disminución de valor en el oro no fué tan considerable como en la plata. En 1492, un kilogramo de oro equivalía á 11 kilogramos de plata, y en 1620, el mismo peso de oro valía 14 kilogramos de plata, lo que nos prueba que la baja fué menor en el primer metal que en el segundo.

Desde esta época hubo un período de calma, que comprende hasta fines del siglo xvii, cerca de ochenta años, durante los cuales se sostuvo el valor de los metales sin sufrir ninguna variación de importancia.

En el siglo xviii á causa del empobrecimiento de las minas, vemos de nuevo aumentar el valor de los metales preciosos, á pesar, sin embargo, de haberse descubierto el procedimiento de la extracción de la plata por la vía húmeda (1).

Luego la producción volvió á aumentar progresivamente y el valor disminuyó de nuevo. De modo que á principios de este siglo el valor del oro no habia variado, con relación al de la plata, mas que en la proporción aproximada de uno á diez y seis. Es decir, que 16 kilogramos de plata equivalen á uno de oro.

Concluida la sucinta exposición de las causas que han influido en las variaciones sucesivas del valor de los metales, daremos ahora un pequeño extracto de la historia de la moneda.

II.

La historia, como hemos dicho, atribuye á Erictón la invención de la moneda. Diversas materias se han empleado para hacerla.

Los lacedemonios tuvieron monedas de hierro (2). Los primeros romanos las tenían de cobre. En Abisinia se hizo uso de la sal, y en Terranova el bacalao ha servido de moneda. En Méjico se emplearon los granos de cacao, y en Rusia monedas de cuero (3) hasta el reinado de Pedro el Grande. En Rusia también se hicieron monedas de platina á principios de este siglo; pero las rápidas variaciones de valor á que está sujeto este metal, lo hacen impropio para tal uso. Muchas naciones modernas fabrican moneda de papel; mas, las materias que sin la menor duda presentan mas ventajas son el oro (4) y la plata.

Estas ventajas son:

1.º Ser homogéneos é inalterables. No hay dos calidades de oro puro, y una onza de este metal en España es enteramente igual que en la China.

2.º La propiedad que tiene estos metales de poderse dividir en partículas hasta lo infinito, sin disminuir por esto de valor como sucedería con los brillantes por ejemplo, pues por medio de la fusión todas estas parti-

(1) Año 1492. Descubrimiento de América.—1518, Méjico.—1523, Perú.—1537, Californias y Chile.—1539, Brasil.

(2) Lecciones de M. Michel Chevalier en la escuela superior del Comercio de París.

(1) Este descubrimiento importante se debe á un español, Bartolomé Medina, pobre jornalero, á quien nuestra patria no se ha acordado siquiera de elevar ni un pequeño monumento.

(2) Licurgo también, para impedir que los espartanos se corrompiesen, prohibió el uso del oro y de la plata, dándoles monedas de hierro de mucho peso y poco valor.

(3) Storch. Tomos de notas: nota xiii.

(4) En la Lidia, habia monedas de oro el año 1500, antes de J. C.

culas vuelven á reunirse para formar un todo como el primitivo.

3.º Su valor, aunque expuesto á sufrir alteraciones, no está sin embargo sujeto á variaciones repentinas.

4.º Esta ventaja, que puede considerarse como una consecuencia de las tres precedentes, es que empleándose en todo el mundo estos metales como moneda, poseen en el mas alto grado el mérito propio de esta mercancía. Mérito que da á su poseedor la seguridad de tener en sus manos una mercancía que todos usan, y que conviene indudablemente á los productores de todos los países en cambio de sus productos. En todas partes se hacen cambios, y se necesita por lo tanto el instrumento reconocido como mas cómodo para verificarlos.

Quedando pues establecido que el valor intrínseco es una cualidad esencial de la moneda, y debiendo este valor durar lo bastante para que el que lo recibe pueda tener la seguridad de que no disminuirá y podrá emplearlo igual, vamos á ocuparnos tambien sucintamente de las bases en que se funda este valor, y de la solidez que tiene.

III.

El motivo que hace desear la posesion de las cosas, es su utilidad. La utilidad, pues, de la moneda, es la que nos hace buscarla, cuando tenemos productos que vender. Esta utilidad ya la hemos demostrado.

Cada uno tiene necesidad de cierta cantidad de moneda en relacion con el número de ventas y compras que ha de realizar. El comerciante que compra mercancías por valor de cien mil duros en un año, necesita mucha mayor cantidad de moneda que el aguador que en el mismo espacio de tiempo no recibe en salario, y no gasta mas que tres mil reales en objetos de consumo.

Esta cantidad de moneda es tambien tanto mas considerable, cuanto mas es el tiempo que se tiene guardado el dinero (1) antes de volver á emplearlo.

De todos modos, como en el momento mismo no es fácil emplear el metálico que se recibe, puede decirse que cada país necesita una cantidad cualquiera de moneda, segun el estado de su poblacion, de su industria y de su actividad. Muy difícil es, casi imposible, saber el dinero que circula en una nacion; pero dejando aparte este detalle, consideremos que con arreglo á las circunstancias mencionadas, siempre se emplea un valor cualquiera monetario, es decir, una cantidad apreciable de metálico, que varia segun aumenta ó disminuye la prosperidad del país. Para demostrar mejor nuestra idea, pondremos un ejemplo en números.

Supongamos que en España se necesitan hoy próximamente 10,000,000,000 de reales para subvenir á todos los cambios que se efectúan; es decir, bastante moneda para poder comprar al precio corriente todo lo que pudiera obtenerse por dicha cantidad. Mientras nuestras necesidades continuen siendo las mismas, podremos considerar como fija é invariable esta suma que basta hoy para cubrir todas las atenciones.

Si la cantidad de moneda aumentase, el metálico que aquí afluyese no alteraria en nada las necesidades de nuestro país. Teniendo siempre la misma cantidad de mercancías que ofrecer en cambio del dinero, aun cuando las especies aumentasen hasta el doble de la suma que hemos supuesto circula hoy en España, estos 20,000,000,000 no podrian nunca comprar sino una cantidad igual de mercancías. El número de compras

y ventas no aumentaria ni disminuiría por esto. La sola diferencia seria que se darian cuatro reales por aquello que hoy cuesta dos, y que un duro, por ejemplo, valdria solo lo que vale hoy medio.

Esta es una consecuencia necesaria de la naturaleza de la moneda y del uso á que está destinada, y nos da al mismo tiempo la explicacion de un hecho de los mas probados, porque constantemente se pasa ante nuestros ojos. Este hecho es, el aumento y disminucion en el valor de la moneda, siempre que ha disminuido ó aumentado la cantidad circulante de metálico.

Así, el valor de la moneda sufrió una baja considerable despues del descubrimiento de América.

Hume, asegura que en 1750 ya se compraba tres ó cuatro veces mas caro que antes, es decir, que por una misma cantidad de mercancía habia que dar en cambio una cantidad tres ó cuatro veces mayor de moneda.

Hoy que la sed del oro arrastra en pos de sí á la humanidad, haciéndola encaminar todos sus esfuerzos al fin de procurarse tan precioso metal, así al menos se le llama (1), los descubrimientos de nuevas minas se han sucedido, y tenemos: en Noruega, las de Kongsberg, donde se han encontrado lingotes de plata de peso de 280 kilogramos; en la provincia de San Juan, en Buenos-Aires, las del Cerro de la Huerta, que con tanto entusiasmo se explotan y dan tan cuantiosos resultados; en Siberia, los montes Ourals y Aetai, donde se han encontrado pepitas de oro hasta de 36 kilogramos de peso. Las Californias, Australia y las numerosas minas de América, de nuestro país y de otros, cuya produccion no por ser menos conocida deja de traer su parte al mercado para contribuir á aumentar la cantidad de los metales y producir por consecuencia una baja en su valor. Hoy, pues, repetimos, puede calcularse que se compra siete ú ocho veces mas caro (2) que antes. A fines del siglo xvii, una ternera costaba 25 rs. (3); 60 huevos se pagaban con una peseta columnaria, y por media onza de oro se obtenia un cerdo cebado. Compárense estos precios con los que hoy tienen, y se verá la verdad de nuestro aserto, que hemos querido justificar para que ni por un momento pueda tachárenos de aventurados en nuestras conclusiones, que tratamos de hacer lo mas claras posible, ciñéndonos siempre á la verdad y apoyando nuestros argumentos en hechos incontestables que no pueden dejar lugar para la duda.

Pero, volvamos á la cuestion. Suponer que la cantidad de moneda pueda aumentarse hasta doblar, de repente, es una suposicion inadmisible. Sin embargo, ya hemos visto que en cierto número de años ha aumentado considerablemente. En este momento mismo, un fenómeno semejante al que ocurrió poco despues del descubrimiento de América, está á punto de verificarse. Aquel y este reconocen la misma causa, el descubrimiento de nuevos criaderos. Países hasta hoy estériles, nos ofrecen nuevas minas tan ricas, tan abundantes y tan puras como aquellas. Estas minas se hallan repartidas entre tres de las cinco partes del mundo, y esto contribuirá á dar aun mas intensidad al fenómeno.

Hace unos cincuenta años se descubrieron por casualidad en la parte mas desierta de la Rusia Oriental, minas de oro de gran riqueza. Mas tarde, á medida que los mineros avanzaban hácia el Oriente, fueron descubriendo nuevos criaderos, aun mas abundantes que los

(1) Hasta ahora hemos empleado exclusivamente la palabra moneda para designar el instrumento que sirve de intermediario en los cambios; pero creemos que despues de lo expuesto, podemos ya darle sin inconveniente los nombres vulgares como *dinero*, *metálico*, etc., sin que esto dé lugar á confusiones.

(4) Y por muy precioso se le ha tenido siempre, cuando en 1521, las comunidades de Castilla pedian en su manifiesto á Carlos V, que se impusiera pena de la vida al que estragase del reino oro ó plata. Entonces la Economía política era una ciencia casi desconocida.

(2) J. B. Say calculaba que en su época se compraba ya seis veces mas caro (1836).

(3) Say. Lecciones de economía política.

primeros, y á pesar de lo inhospitalario que es el helado clima de la Siberia, se extraen de allí todos los años 30,000 kilogramos de oro, ó sean 400.000,000 de reales próximamente.

A principios del siglo, haremos notar, que cuando la América producía tanta plata, el país mas rico no daba mas que 15,000 kilogramos de oro anuales.

En 1847, vino aun á aumentar la producción de este metal, el descubrimiento de las minas de California, cuya riqueza aumentó en 1854, pudiendo calcularse que producen anualmente unos 100,000 kilogramos de oro.

De modo que hoy podemos considerar como una cosa indefinida la producción de las minas de Rusia y de California.

Pero aun tenemos que añadir á esto. La explotación de las minas mencionadas puso de moda á los buscadores de oro, y la Australia vino á coronar los afanes de algunos. Este país solo, produce doble cantidad de oro que los otros dos juntos, y viene á aumentar aun la cantidad de metal.

Después de los números que acabamos de citar, no creemos necesario añadir que el valor del oro ha bajado ó disminuido con relación al de las demás mercancías. Es decir, que le veremos variar por lo menos en la proporción de dos á uno, como consecuencia necesaria de la abundancia que se nota.

(Se continuará.)

JUAN BAUTISTA CANTERO.

LA PINTURA EN ESPAÑA

DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV.

(Conclusion.)

VIII.

La escuela de Valencia representada en la época de Felipe IV por José de Ribera, había también producido artistas célebres en los reinados anteriores. Ignorados como los andaluces de la corte y de los reyes, habían hallado lo mismo que aquellos: protección en las catedrales y en los conventos; pero sus producciones no eran tan originales como las de la escuela de Sevilla. Los artistas valencianos conocían las obras maestras de Italia, sin necesidad de que la protección de los reyes les abriera las puertas del alcázar y del Escorial; casi todos habían estudiado en Italia, y en Roma principalmente, se habían familiarizado con el estilo de las obras de aquellos artistas. El objeto de sus composiciones son siempre asuntos religiosos, que pintaban por encargo de los varios conventos de la ciudad de Valencia. La cartuja de Portaceli, sobre todo, adquiría la mayor parte de las producciones de sus estudios, y empleaba á los artistas en nuevas obras y con nuevos trabajos. La catedral de Valencia gastaba también sus rentas en la adquisición de obras de arte que adornaban sus capillas y altares, y al paso que protegía principalmente á los artistas valencianos, pudo reunir con el tiempo obras preciosas de los que pintaban con mas gloria en Madrid bajo la protección de Felipe IV. La catedral, el colegio de *Corpus Christi* y la Academia de San Carlos, reúnen las principales obras de los pintores valencianos y son un verdadero Museo, no solo de obras de la escuela patria, sino de las obras de otras escuelas y países.

José de Ribera fué sin duda el artista español mas conocido y de mas reputación en el extranjero. Durante la época en que vivía Velázquez había viajado por Italia; en Florencia y en Roma fueron admiradas y apreciadas sus producciones, pero no se extendió hasta este

siglo por países extranjeros, la fama que había adquirido con tanta justicia en España. Ribera apenas había salido del estudio de su profesor valenciano, se le encuentra ya en Roma ganando su subsistencia con el pincel, y ocupado sin cesar en trabajos artísticos. Desde entonces Italia fué su patria, allí empezó á adquirir el nombre de gran artista, y á Italia debe la aureola de gloria que le distingue entre todos los artistas de su época. Es verdad, sin embargo, que el verdadero punto de su residencia fué Nápoles, ciudad española entonces, y que el virey D. Pedro de Giron, primero, y después los que le sucedieron, imitando la corte de su soberano, lo recibieron y aposentaron en su palacio, colmándole de honores y distinciones, y elevando su reputación sobre todos los artistas. El martirio de San Bartolomé le abrió las puertas del favor y de los honores de palacio, y como Velázquez en Madrid, fué desde entonces el amigo y el favorito de los gobernadores españoles. Soberano, por decirlo así, de la pintura, vióse muy pronto adulado y halagado por los artistas, que no dejaban de envidiar su fortuna y la posición que Velázquez aprovechó en beneficio del arte, protegiendo y animando á los artistas que empezaban su carrera, condujo á Ribera por su camino de bajezas y de crímenes con que manchó la historia de su vida y el noble arte que cultivaba. Belisario Corenzio, griego de nacimiento, y el napolitano Juan Bautista Caracciolo formaron con Ribera ese triunvirato, que se ha llamado reinado del terror á la historia del arte. La calumnia, las amenazas, todo era admitido y servía como medio para destruir la reputación del artista que se atrevía á presentarse en Nápoles, y que aceptaba su encargo una comisión de una obra cualquiera. El caballero d'Arpino, Guido, Gessi y el Domeniclineo, llamados sucesivamente para pintar la gran capilla de San Genaro, se vieron obligados á dejar su obra perseguidos unos, y hasta amenazados otros con la muerte, si la continuaban. No cabía mayor monopolio, y Ribera que por su talento y su gran genio de artista tenía reservada la preeminencia entre los artistas napolitanos, empañó de este modo el brillo de su gloria, como si no hubiera bastado la fortuna para darle por sí sola el monopolio del arte en Nápoles.

La popularidad de Ribera en Italia era inmensa. En Nápoles no hay iglesia, no hay capilla en que no figuren como parte de su riqueza, algunas de las obras de Ribera. Los jesuitas, los cartujos y todos los conventos le encargaban sucesivamente obras religiosas, mientras los nobles le buscaban también para adornar los palacios con sus producciones. España no fué ingrata tampoco con uno de sus hijos, aunque florecía principalmente fuera de su país, y acaso sus obras son mas conocidas y abundan actualmente mas que las de Velázquez. Felipe IV, reunió infinitas de ellas en el Escorial; casi todas las iglesias y conventos de Madrid, tenían cuadros de Ribera, como se encuentran aun en Vitoria, Granada, Córdoba, Valladolid y Zaragoza.

No es difícil distinguir el estilo especial de este célebre artista. Dedicado principalmente al estudio de pinturas religiosas, se complacía en representar los tormentos de los mártires, ó bien elegir las escenas de terror con que la mitología cuenta los desastres de sus héroes, ó recordaba las penas y los sufrimientos de los que padecían por sus culpas penas eternas. No se contemplan sin estremecerse algunos de sus cuadros, y la imaginación sufre, y á veces la vista se aparta con repugnancia de un espectáculo á la vez horroroso y salvaje. El cuadro de San Bartolomé, que le abrió las puertas del palacio de los vireyes, es un modelo de su estilo, no menos horroroso que el cuadro de Ixion en la rueda que junto con el primero, se halla actualmente en el Real Museo de Madrid (1), y que el de Catón de

(1) Números 42 y 484.

Urea, despedazándose sus propias entrañas, actualmente en el Louvre (1), que es uno de los espectáculos tanto mas repugnantes, cuanto la habilidad del artista lo representa con la misma verdad que la naturaleza. Algunos de los cuadros que existen en el Real Museo de Madrid, tienen el mismo carácter, y representan ese mismo estilo, que no parece por cierto el mas natural en un pintor, que en medio de los favores de la fortuna, y entre los halagos de la corte y de sus riquezas, debia haber dejado conducir la inspiracion de su génio, por sentimientos de mas pura y afectuosa ternura.

Hay, sin embargo, entre sus obras algunas excepciones, que demuestran que Ribera con otro corazon y con diversas inclinaciones habria sabido tambien pintar con verdad asuntos mas adecuados y de dulce expresion. En el Escorial existe un cuadro de Jacob guardando el rebaño de Lalan; en la catedral de Valencia, una Adoracion de los Reyes, en el cual la Virgen, como la Concepcion que pintó para las monjas de San Plácido, es un modelo de celestial belleza. La escala de Jacob, que representa á este patriarca dormido en el campo, mientras se le aparece en su sueño la escala misteriosa, sobre la cual ve al Padre Eterno que le confirma todo lo que habia prometido á Abraham, es un cuadro precioso, como dice Stirling en sus Anales, «se detiene instintivamente el paso al acercarse á este cuadro; parece que se ve latir el pecho del patriarca, y se percibe su respiracion.» Ribera tenia tambien una particular inclinacion en pintar figuras de santos que abundan, particularmente de apóstoles, en el Real Museo. No trataba con menos fortuna Ribera los retratos, y el del duque de Módena que existe en el ministerio de Fomento, es digno del gran Velazquez. Cean Bermudez habla tambien en encomio de sus bosquejos y grabados, muy apreciados por los colectores.

Antes que Ribera habia tenido Valencia tambien sus representantes en la pintura. Durante el reinado de Felipe II y bajo la proteccion del arzobispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva, se habia empezado á formar la escuela valenciana, que no cede en mérito á las demás escuelas españolas. Vicente Juan Macip, llamado comunmente Juan de Joanes, es su verdadero jefe y fundador. Este artista educado tambien en Italia, é imitador afortunado de Rafael, supo elevar el arte á su verdadero estado de esplendor, y pudo en sus cuadros formar el gusto y mover la aficion de su país. De una singular devocion y piedad, no empleó jamás su pincel en asuntos profanos, si se exceptuan algunos retratos. Joanes pudo alcanzar un estilo original, ni dejarse llevar por la estrecha imitacion de los artistas italianos sus maestros. Su estilo era grave y austero, jamás pintó un asunto sagrado que no se descubriera su fondo de severidad, poco comun entre los artistas italianos que se distinguian siempre por un afecto de voluptuosidad propio de aquellas escuelas. El principal modelo de Joanes, el asunto que verdaderamente puede llamarse creacion suya, es la figura del «Divino Redentor.» No ha habido verdaderamente otro pincel que haya sabido representar esta figura, animándola con toda la poesia, toda la belleza que los Evangelistas han empleado para describir el retrato del Salvador. Todos los artistas en la pintura de figuras de Virgenes y de santos, aun procurando adornarlas de todos los atributos de su santidad y virtudes, descubren en el fondo su tipo especial que se han propuesto imitar; siempre la naturaleza ha producido el efecto en su imaginacion, y cuando no es un retrato la figura que se contempla en el cuadro, es el tipo especial de la belleza de la fisonomia del país en que vive el artista. Morillo aun con toda la originalidad de su pincel, ¿quién no encuentra en sus Virgenes el tipo de la belleza de las mujeres de Sevilla? En los cuadros de los artistas romanos, sus figuras son siem-

pre paganas, como pintadas bajo la imitacion de los modelos de la antigüedad; el Salvador es á veces un hermoso Apolo, copiado de los mármoles de Grecia, así como en Venecia es un noble personaje de la familia Barberigo ó Contarini, mientras que en Bolonia decae en afeminada pintura, y algunas veces se convierte el Hombre Dios en un Adonis. Joanes es el único que ha concebido esa gran figura del Redentor y que ha sabido representar con todos los atributos de su divinidad. En Valencia existen actualmente muchos cuadros que representan esa bellísima figura, la mayor parte en el acto de bendecir el pan y el vino, con la hóstia y el cáliz. El cuadro de la cena que se conserva en el Real Museo de Madrid (1) es una preciosa muestra del talento de Joanes, no solo en la pintura especial del Divino Redentor, sino en la composicion general del cuadro, y en la representacion de cada una de las figuras, entre las cuales sobresale principalmente la del apóstol traidor. Pintada con su vigor de expresion que revela su mala fé y villanía, recuerda el célebre Judas de la cena del Ticiano.

Como muestra de la habilidad de Zuanes en la miniatura, se conserva en el Real Museo el cuadro de la coronacion de la Virgen, la cual se halla rodeada de innumerables figuras que representan la Corte celestial, todas ejecutadas con admirable precision y con los detalles mas acabados, á pesar de la diminuta extension del cuadro.

Como modelos de retratos, existe en la sacristia de la catedral de Valencia, el precioso retrato de Santo Tomás de Villanueva, protector de Joanes, el cuadro de San Francisco de Paula, que ahora se halla en el Museo de la misma ciudad, es el retrato de un fraile; finalmente, en el Real Museo existe el de D. Luis de Castellvi (2), que por el esplendor del colorido, la fuerza de carácter y la facilidad de ejecucion, le han creído algunos obra de Rafael.

Francisco de Ribalta completó la obra de Zuanes. La escuela valenciana creada por este célebre artista en el reinado de Felipe II, llegó con Ribalta á ser ya una escuela notable en el arte. La reputacion que habian adquirido estos dos artistas, despertó sucesivamente la aficion de los valencianos á las bellas artes. El estudio de Ribalta se llenó de discipulos que acudian á recibir sus lecciones. De esta escuela nació José de Ribera, de quien ya nos hemos ocupado. La influencia de las obras de arte de Italia que habian estudiado, y que en rigor habia formado á Joanes y Ribalta, se conoció siempre en el estilo de los artistas valencianos. Ya hemos visto sin embargo, que en la ejecucion, y en la representacion de la idea adquirió la escuela de Valencia una especial originalidad.

Ribalta, obedeciendo á los sentimientos de su propia inclinacion y al carácter valenciano de aquella época, sin ser tan devoto como Zuanes, y como el beato Nicolás Factor, dedicóse tambien casi exclusivamente á la representacion de asuntos religiosos, ó á la pintura de figuras de santos. Sus obras no salieron en época de su provincia; buscado por todas partes, recibe sucesivos encargos de las ciudades mas importantes de Valencia, de las cuales se conservan aun mucha parte en las principales iglesias. En el Colegio de *Corpus Christi*, dejó el cuadro de la cena, no inferior á los mejores de Zuanes en este género; en el convento de capuchinos su célebre San Francisco que acaso sea el mismo que actualmente existe en el Real Museo (3). La Virgen y San Bernardo Abad pertenecian al convento de San Miguel de los Reyes, y para el convento de Carmelitas

(1) Galería española, núm. 241.

(1) Catálogo de los cuadros del Real Museo de pintura, número 225.

(2) Catálogo de los cuadros del Real Museo de Pintura.

(3) Catálogo de los cuadros del Real Museo de pintura, número 163.

de Valencia, pintó varias copias de Sebastian de Roimbo, cuyo estilo sabía imitar con notable exactitud.

Cean Bermúdez; este en su Diccionario dejó una multitud de cuadros pertenecientes á Ribalta, de los cuales muchos han desaparecido. Transportados á otras provincias, lo que no han pasado á poder de los extranjeros que expoliaron las riquezas artísticas de nuestro país, acaso algunos de ellos existen ignorados, cuando á escepcion del Real Museo, no hay ni en las provincias, ni aun en las capitales, donde se ha formado Museos, catálogos ordenados de las respectivas obras que contienen. Sterling en sus Anales de los españoles, cita un cuadro de Ribalta que se halla actualmente en la capilla de la Magdalena, en la Universidad de Oxford, el cual representa á Jesucristo llevando la cruz á cuestas. Este cuadro, segun dice el autor distinguido de los Anales, tiene una expresion de belleza á la vez sublime y encantadora; la cabeza y manos de Jesucristo están perfectamente acabadas; el rico colorido de su ropaje y el conjunto del cuadro terminado por la multitud inmensa que dominando el Calvario esperaba presenciar el sacrificio del Hombre Dios, se habia tenido por espacio de mucho tiempo como obra de Ticiano y sucesivamente de Carracci y Guido, hasta que en los tiempos modernos, despues que Lóndres contenia ya ricos cuadros de las escuelas de España, se pudo fijar la verdadera procedencia de un cuadro, cuyo origen era desconocido, porque se desconocia la pintura española.

En el catálogo del Real Museo de Madrid, solo se habla de las obras de Juan Ribalta. Parece sin embargo que Juan Ribalta fué un hijo del artista que acabamos de estudiar, y aunque su talento y la habilidad con que imitaba el estilo de su padre, ha confundido completamente sus obras, siendo difícil distinguir unas de otras; no dudamos, sin embargo, que el catálogo se refiere al padre, que fué quien estudió en Italia, mientras que el hijo Juan de Ribalta murió jóven, y no se apartó del lado de su padre, en cuyo estudio se habia formado.

Contemporáneo de los Ribaltas, fué el murciano Pedro Orsente, el cual aunque habia estudiado en la escuela del Greco en Toledo, demostró en sus principales obras un estilo no demasiado fiel al de su maestro, bajo cuya direccion habia aprendido el arte, y las producciones que ejecutó despues de su regreso de Castilla le diferencian completamente de los demás artistas de aquella escuela. Valencia fué principalmente el punto que eligió para su residencia; la escuela que en aquella capital abrió despues de la muerte de Ribalta, produjo tambien artistas de consideracion, que supieron conservar la tradicion de la pintura de la escuela valenciana, al paso que en sus estudios no podian menos de influir las lecciones que Orsente habia recibido en Toledo.

Como pintor de ganados y animales domésticos, es el único acaso de España que alcanzó un nombre y una reputacion, y podria llamársele el Bassano ó el Roos español. El Bassano fué verdaderamente el modelo que se propuso imitar en estas producciones tan notables como las de aquel artista. Las escenas pastoriles, ya en el desierto, ya en las chozas, es un asunto frecuente en sus composiciones, y cuando tomaba otros asuntos de la historia, de la Biblia ó del Evangelio, demostraba una particular inclinacion en los asuntos que le prestaban ocasion de hacer resaltar su principal habilidad. El descanso de la familia de Abraham en su peregrinacion á la tierra de Canaan (1), es una excelente muestra de su especial talento, como el cuadro de los Isrealitas huyendo de Egipto (2), que se distingue por su notable perfeccion de los grupos de animales, pintados con un arte y cuidado que no se encuentra en las demás partes de la misma composicion.

Aragon y Cataluña no tienen en la historia del arte

(1) Catálogo de los cuadros del Real Museo de pintura, número 535.

(2) Academia de San Fernando.

ni una escuela especial, ni artistas que en otros países se hayan distinguido por su talento y superioridad. Se encuentran en todas las épocas un número mayor ó menor de pintores que se dedicaban á pintar para las iglesias y para los conventos; pero la historia de aquellos países, tan rica en civilizacion, en grandes hechos, y en inteligencia, no producía aun en los mejores tiempos de su historia, artistas notables. Sin embargo, la pintura se conocia en Cataluña principalmente antes que fueran á Italia Tristan y Remiquete, y que se fundaron las escuelas castellanas, y mucho antes de esta época, los monasterios célebres del Principado, como San Pedro de las Puebas, Santas Cruces, Scala Dei, y mas particularmente el de San Culgat del Vallés y Pedralbes, reunian en su recinto retablos preciosos que pintados en tablas, á imitacion de Génova, y de la escuela veneciana, no representaban figuras de santos, ni eran la expresion de una alegoria histórica ó religiosa, sino que estaban dedicados á la conmemoracion de hechos notables y verdaderos de la historia del país, representados con tanta verdad local, que hoy día los pocos que se conservan sirven como un verdadero museo de las costumbres, de los trajes y de los hechos militares de aquel país. Estas tablas inmensamente apreciadas por los conocedores y aficionados al arte, y pertenecientes casi todas á los siglos xiii xiv xv, son tanto mas notables, cuanto que son las únicas que en su género se encuentran en España. Los nombres de sus autores son desconocidos para la posteridad, pero ellas demuestran perfectamente, que si en la ejecucion y en los detalles se resiente de la época en que se pintaban, no ceden en fuerza de expresion, ni en colorido, á las mejores obras de Italia.

Despues de Felipe IV, que como hemos indicado en otro capítulo, supo refundir y asociar las diversas escuelas de pintura que se habian formado en España, estableciéndose desde entonces la gran escuela nacional, no seria posible estudiar la pintura en España por provincias, ni se encontraria en ellas un estilo, un tipo especial que las distinguiera de las demás, y que como en leyes y costumbres fueran parte de su antigua independencia. Además, el arte, conservado aun con alguna gloria en el reinado de Carlos II, decayó considerablemente en España durante el siglo xviii, y los esfuerzos de Felipe II y de Fernando VI, no bastaron no ya para elevarla á su antiguo estado, pero ni para conservar las tradiciones de las escuelas que despues han sorprendido á la Europa. Extinguióse entonces el carácter nacional de nuestra pintura, y aunque principalmente desde principios de este siglo ha servido con gloria, y hoy día contamos felizmente con afortunados artistas, si el arte español llegase á formar ya una escuela especial y á tener un carácter propio, no seria por cierto la continuacion ni del carácter, ni de las escuelas antiguas, que son una de las principales glorias de nuestra patria.

E. V.

SORIA Y NUMANCIA.

I.

Hallábame á principios del año 1845 en la ciudad de Soria, siendo secretario del gobierno de su provincia; y como este cargo llevaba sobre el del jefe la ventaja de ser algo mas estable, como menos ambicionado, me permitia dedicar los ratos que el despacho de los negocios mas urgentes requeria, al estudio del país en todos conceptos y detalles, supliendo por este medio en lo posible la falta completa de datos estadísticos que pudieran conducir al acieato en los actos administrativos y la aplicacion local de las leyes, de cuyo cumplimiento estaba encargado. Repasaba la historia para

venir en conocimiento de las modificaciones que pudieran haber sufrido las costumbres, las ideas, la prosperidad ó la decadencia del país: consultaba sus necesidades y discurría los medios de socorrerlas, según los buenos principios de la ciencia, dando así á los pueblos una garantía de respeto á sus legítimos derechos contra los ataques de la arbitrariedad, que algunos llegaron á confundir con la administración. Esta conducta iba escitando hácia mi persona la simpatía pública, al paso que se realzaba la idea del gobierno central, al que muchas veces se atribuyen males y defectos que solo proceden de la ignorancia ó el error de sus delegados.

Una de mis primeras observaciones fué la de que me hallaba en el lugar que fué teatro de la mas gloriosa página de nuestra historia: estaba cerca de Numancia, cuyo nombre figurará siempre á la cabeza de los mas famosos pueblos del mundo por el valor y patriotismo heroico de sus habitantes, víctimas de la injusta ambición de Roma, cuyo Senado, orgulloso con la idea de su omnipotencia militar, no tuvo la nobleza de ser justo con un puñado de héroes, que llegó á inspirarle terror y aun á poner en peligro su preponderancia hasta entonces no disputada. Parecíame que vivía entre numantinos é imaginaba verlos en aquellos honrados, leales y valientes castellanos, á quienes creía capaces de los mas grandes hechos. Deseaba cerciorarme del sitio que ocupó la antigua ciudad, sobre el cual no estaban de acuerdo nuestros historiadores, no faltando algunos que la llevaron á puntos tan distantes entre sí como lo están Cuenca y Zamora.

Como á una legua al Norte de Soria sobre la carretera general de Francia y en la orilla izquierda del Duero, que se pasa por un antiguo y magnífico puente esta situado el pueblo de *Garray*, voz derivada del hebreo, que significa *abrasado*, según Lope Ruez, historiador ilustrado del obispado de Osma; y aunque en el día es de escaso vecindario, no carece de importancia en la edad media, existiendo documentos que hablan de sus obispos y santos mártires. Allí es donde el citado historiador coloca á la antigua Numancia, cuyos vestigios describe como comprobantes que no dejan lugar á la duda.

Llevado del deseo de examinarlos por mi mismo, escité la curiosidad de mi jefe y amigo, el Sr. D. José Fernandez Enciso, con la de algunos otros funcionarios públicos y personas notables de la ciudad, para dirigir una tarde el paseo hácia el punto indicado, donde tenia noticia de haberse inaugurado en los años anteriores un sencillo monumento bajo el mando y la iniciativa de los precedentes gobernadores Sres. Camacho y Gutierrez. Peniendo en ejecucion el pensamiento y aprovechando una hermosa tarde del mes de febrero, llegamos al pueblo de Garray. El alcalde, el ayuntamiento, el párroco, el maestro y el pueblo entero, llevado de la curiosidad de ver allí reunidas las autoridades de la provincia y personas notables de la capital, acompañaron á la comitiva con marcadas señales de complacencia al sitio que ocupó el alcázar de la ciudad en la cúspide de la colina, desde la cual y tendiendo la vista sobre el terreno, apenas una suave ondulacion próximamente circular, indicaba el recinto de la ciudad, capaz apenas para doce á quince mil habitantes, con algunos restos de un pequeño barrio que debió existir extramuros. Todavía en tiempo de Lope Ruez debían existir á la superficie del terreno algunos sillares y cimientos por los que se marcaban calles y plazas, según el croquis que acompaña á su obra, sin duda á causa del respeto sostenido por muchos siglos al terreno público tan en consonancia con los intereses de la industria pecuaria que constituía la principal riqueza del país; mas despues que se permitieron las roturaciones el arado incaba su diente sobre la muralla superficialmente descompuesta, mientras los sillares, dejando desembarazado el terreno, pasaban á formar

parte de la morada de los vecinos del inmediato pueblo, sin que de los recuerdos de Numancia quedasen otros monumentos que los que de tarde en tarde desenterraba el harado ó azadon del plantador laborioso.

En aquel sitio y al pié del monumento, apenas levantado sobre la altura de un hombre, por hallarse suspendida la obra, leíamos la historia de la guerra y sitios de Numancia, según los describe Masdeu que á prevención cuidé de llevar, y la relacion de los hechos en el teatro mismo en que se ejecutaron, teniendo á la vista el rio, las lagunas, los desfiladeros donde fueron batidos los ejércitos romanos, y supliendo la imaginacion todo lo demas que la naturaleza de los sucesos iba exigiendo, escitó de tal manera el entusiasmo de los que con religioso silencio escuchaban, que mas de una vez les ví derramar copiosas lágrimas, justo tributo á la memoria de un pueblo de héroes que no hablaba en vano al corazon de los que se glorian de ser descendientes y sucesores. Concluida la lectura se siguió un rato de meditacion, como para dar descanso al espirita, tan visiblemente afectado, de la concurrencia.

El monumento á cuyo pié nos hallábamos, no era otra cosa que el dado ó basamento de un sencillo obelisco, en el cual se habian ya colocado cuatro pequeñas lápidas de mármol blanco dispuestas á recibir las inscripciones que esplicasen su objeto, punto sobre el cual al parecer no se habia pensado ó por lo menos resuelto, dejándolo para cuando la obra se hubiese concluido; mas interin se discurrían los medios de que esto se verificase lo antes posible, se me confirió la comision de redactar las inscripciones, haciéndome la honra de tenerme por humanista, capaz de llenar el encargo con la dignidad que el asunto requería; y yo, considerando que para ello debia aprovechar lo favorable de las circunstancias y la exaltacion del espiritu, producida por las sensaciones que experimentaba, me resolví á complacer á los que de mi corta capacidad habian formado tan alto concepto. Dirigiéndome al maestro de escuela que llevaba en su cartera una gruesa punta de lapiz, le rogué que fuese escribiendo en las lápidas lo que yo le dictase. Colocado en hombros de dos robustos aldeanos á fin de alcauzar á la primera lápida, me preguntó: ¿Habrá mucho que escribir, á fin de tomar distancias y proporcionar la magnitud de las letras? No, le contesté: una sola palabra lo dice todo y cualquiera otra que la acompañase seria inconveniente como adorno supérfluo que rebajaria lo mismo que tratase de embellecer: esa palabra es NUMANCIA. El maestro escribió el nombre de la ciudad heroica en la forma indicada y fué repetido por la concurrencia. Pasemos al reverso, le dije, y en su lápida escribió este distico ó emblema: EORVM VIRTVS PRÆCLARA STIRPE MANET. Pocos fueron los que lo entendieron, quedando la mayor parte con el descontento de no poder juzgar del mérito y oportunidad del pensamiento, suplicándome todos á una voz les explicase lo que aquello queria decir, añadiendo uno de los regidores del pueblo, que opinaba porque se dijese algo en castellano, puesto que ahora es Castilla lo que en tiempo de Numancia se llamaba la Celtiberia y el país de los Arabacos. Convine en la justicia de la observacion, ofreciendo al demandante dejar satisfechos sus deseos tan pronto como en la tercera lápida se escribiese ELISABET II REGNANTE, habiendo destinado desde el principio la cuarta para el objeto que se apetecia. La inscripcion, añadi, no será larga, y aun de los cuatro versos que la forman podrá alguno decir que tres están de sobra. El maestro, dando á las letras y rengiones la magnitud proporcionadas, escribió la siguiente cuarteta:

Si Roma orgullosa, vencida Numancia,
Juzgó sepultados valor y constancia,
Los siglos al mundo su error demostraron:
Los padres murieron, los hijos quedaron.

Los concurrentes iban leyendo y repitiendo los versos á medida que se escribían, y esperaban con impaciencia el pensamiento final á que los tres primeros servían de preludeo, mas cuando leyeron el cuarto, y pudieron reponerse de la agradable sorpresa que les causó su lectura, comprendiendo toda la fuerza de su intencion, el entusiasmo subió de punto, y le siguió un general aplauso acompañado de mil plácemes, hácia el que de aquella manera honraba á los vivos haciéndoles participar en cierto modo de las glorias ganadas por los muertos.

Desde entonces fui tenido, no sin razon, por el mejor amigo de un país cuyos habitantes no desmienten su noble origen, habiendo sido la cuna de ilustres linajes que en todos tiempos y puntos de España han producido los mas dignos y eminentes patricios, que dieron á Castilla dias de triunfo y verdadera gloria. La diputacion provincial y el ayuntamiento acordaron que la inscripcion se colocase en la sala de sus sesiones, bajo el escudo de sus armas, y todavia entre los honrados sorianos se conserva un agradable recuerdo del autor, á cuya iniciativa atribuyen tambien algun beneficio obtenido durante su administracion, ó preparado para fructificar en su dia.

Entre tanto la memoria de este sencillo episodio recrea el espíritu y halaga las ilusiones de un corazon sensible á la gloria, en medio del monótono desierto de la vida privada, á la manera que Napoleon en Santa Elena entretenia el tiempo con la de sus batallas, sus victorias y sus conquistas.

II.

Quince años habian transcurrido desde mi visita á Numancia, y durante este largo periodo habia pasado por las vicisitudes consiguientes á una época de trastornos y luchas en que nuestros partidos políticos, anunciándose salvadores de la patria, hicieron pesar sobre ella con sus alternativos triunfos y derrotas los efectos de repetidas conquistas. Sometido á la ley del movimiento continuo aplicado por sistema á los funcionarios públicos, habia peregrinado por diferentes provincias, donde tuve ocasion y necesidad de estudiar y conocer las circunstancias especiales del país, carácter y cualidades de sus habitantes, hallando en todos hechos que admirar, virtudes que alabar y motivos para sostener con orgullo la honra del nombre español contra el injusto desden de los que no se hallan en aptitud de apreciar su verdadero valor, cuando sirve de única enseña y lazo de union entre todos los hijos de la madre patria.

Así habia llegado á crear afecciones hácia diversos y apartados pueblos y provincias en donde habia tenido la honra de servir ó mandar, haciéndolo con la solicitud y el interés que cumplia á la dignidad del gobierno supremo, de quien era delegado y representante, á la vez que la ley y el deber me daban el mismo carácter para sostener los intereses y derechos del país, cuya administracion me estaba confiada.

Las esperanzas de los pueblos y mis ilusiones no podian ser muy duraderas en el estado de agitacion en que se hallaban las pasiones, y arrebatado por su torbellino vine á caer en el panteon de las clases pasivas, á donde, como en el infierno, todo se ha perdido menos la esperanza.

La ociosidad forzada que lleva consigo un estado tan precario y anómalo, verdadero anacronismo de la época, no se acomoda fácilmente con los hábitos de laboriosidad adquiridos en una larga carrera ó profesion bruscamente interrumpida. De aquí el afan de buscar una ocupacion análoga que sustituya á la primera, interin el funcionario vuelve al servicio activo, á no resolverse á abandonar los derechos adquiridos. La mia fué la de escribir, ya de política, ya de administracion y jurisprudencia, ya de literatura, haciendo algunas

escursiones á los dominios de las artes, en cuyos amenos jardines encuentra el alma el descanso que necesita para reponerse de sus ordinarias fatigas.

Las relaciones de amistad conservadas con algunos apreciables artistas, cuyo mérito iguala á su modestia, me proporcionaban la ocasion de pasar agradablemente algunos ratos en su estudio, donde las excelencias del arte solian ser el objeto de nuestras conversaciones. Uno de estos era el pintor D. Isidoro Lozano, bien conocido del público; y habiendo sabido que estaba encargado de la ejecucion de cierta obra, se escitó en mí el deseo de saber cuál fuese su asunto, y una tarde, acompañado de mi digno amigo y compañero el conocido escritor D. Carlos Llauder, nos dirigimos á su estudio donde le hallamos concluyendo ya uno de los cuadros que formaba parte de la obra indicada. Consistia esta en una coleccion de medallones, representando, ya en grupos, ya en figuras sueltas, las ciudades que fueron capitales de los antiguos reinos ó estados independientes de cuyo conjunto llegó á formarse la nacion española, los cuales han de colocarse en los planos del friso del salon de conferencias del Congreso de Diputados destinados á recibirlos. La forma elegida era la de la matrona decorada con la corona mural, mostrando el escudo de sus armas, con los demas atributos que son propios de cada ciudad y sirven para distinguir sus circunstancias especiales, procurando que en cada una de ellas resaltase una virtud ó perfeccion moral, cuyo conjunto ofreciese en panorama el catálogo de las que corresponden de justicia al pueblo español. Para llenar cumplidamente el objeto era indispensable que la historia y la literatura concurriesen á dar al pincel la palabra expresiva de la idea por él representada. Una breve leyenda que sirviese como de orla á los escudos llenaba esta indicacion, siempre que pudiera considerarse digna del objeto y apropiada por los antecedentes históricos.

Esta fué la explicacion que el Sr. Lozano nos hizo mientras examinábamos el primer cuadro en que se veian representadas las capitales de Castilla la Nueva por las figuras de Madrid y Toledo, y las de Castilla la Vieja por las de Burgos y Valladolid. Veíase á la primera en forma de una matrona joven y hermosa, sentada en un trono y empuñando un cetro, vestida con la túnica amarilla y el manto de púrpura, colores del pabellon español, y en ella resultaba desde luego la idea de *capitalidad*, á su derecha estaba Toledo y á la izquierda Burgos y Valladolid, teniendo todas ellas en sus escudos un pequeño espacio destinado á recibir la palabra ó frase de que hemos hablado, encargo de no fácil ejecucion para dejar satisfechos los deseos del artista á quien la idea habia ocurrido, recordando las inscripciones de indisputable belleza con que en la ciudad eterna se ven ilustrados sus célebres monumentos. Ocurrióme al ver su perplejidad referirle el episodio de mi visita á Numancia, tal como queda relacionado en el artículo anterior, y fué tan amable en el juicio que formó de mi escaso mérito y capacidad para un trabajo que no admite brocha gorda, que no dudó en rogarme le marcase con emblemas ó inscripciones latinas ya la interpretacion de las figuras concluidas, ya la idea dominante que habia de resaltar en las que estaban por hacer, á fin de ajustar en lo posible el pensamiento á la ejecucion de la obra.

La comision era honrosa aunque no saliese de los límites de un encaigo de pura amistad y confianza, sin otra responsabilidad que la de la censura privada, ni otras aspiraciones por mi parte que las de utilizar esta ocasion de dar un testimonio de gratitud á las ciudades que me distinguieron con su aprecio tanto en la vida pública como en la privada, ofreci á mi amigo hacer una prueba, y principiando por Madrid puse en la orla de su escudo estas palabras. PATRÆ MENS, VIRTUS, CAPVT. La censura de la amistad fué tan bondadosa que calificó la inscripcion con las mas lisonjeras espresiones.

siones, conviniendo en la verdad de su contenido y propiedad de la frase. Faltaba para la inteligencia de los que no comprenden el latín, una versión de aquellas palabras, así como para los escrupulosos la justificación del pensamiento por medio de un breve comentario, y esta indicación, que podemos llamar accesorio, podía llenarse con una octava real en cuyo último verso quedase el emblema literalmente traducido.

Esta es la parte que me cabe en la obra encomendada al hábil pincel de los Sres. D. Isidoro Lozano, D. German Hernandez y D. Francisco Aznar, los cuales han hermanado con el mayor acierto la expresión de sus figuras con la del pensamiento consignado en el emblema. Si alguna parte, pues, me cabe en la gloria de tan apreciables artistas, la recibo con orgullo, especialmente mediando la consideración de haber merecido todo la aprobación de los ilustrados individuos de la comisión del Congreso de diputados que entiende en este asunto.

Hé aquí, pues, la historia y los motivos que me han impulsado á ocupar agradablemente algunos ratos en la pequeña colección de emblemas destinados á caracterizar á las antiguas capitales de que se trata, á que seguirán las que lo son en el día de las provincias, con algunas otras dignas de mención especial. Si la pureza de intenciones que ha presidido á este trabajo fuese bastante á merecer la aceptación pública, ó por lo menos el disimulo de sus defectos, quedarán satisfechas todas mis aspiraciones; y en todo caso tendré un placer en rectificar los errores, seguro de que tratándose de la gloria del pueblo español no me han de faltar flores con que adornar el escudo de sus primeras localidades.

CASTILLA LA NUEVA.

MADRID.

Mantua Carpetanorum—Majoritum.

Patriæ mens, virtus, caput.

CAPITALIDAD.

Retoño fiel de Mantua Carpetana,
su valor heredando y su denuedo,
alza joven Madrid su frente ufana,
cual paladín de la imperial Toledo.
Morada de la corte castellana
á su alcázar designa el régio dedo,
y ostentando de España la graudeza,
es centro del saber, virtud, cabeza.

TOLEDO

Toletum.

Juris Hispania sui,

NACIONALIDAD.

Siglos de humillación y servidumbre
á España el yugo impuso altiva Roma:
con sus huestes logró salvar la cumbre
desde do muere el sol hasta do asoma:
oprimida de estraña muchedumbre,
al ver que el edificio se desploma,
Toledo con la pluma y con la espada
da leyes á la España emancipada,

CASTILLA LA VIEJA.

BURGOS.

Anca Bangi.—Burgi.

Requim genitrix.

MONARQUÍA.

Alcázar de nobleza y de bravura,
del hidalgo valor clásica tierra,
patria del Cid, de Calvo y de Rasura,
con Fernán, cuyo nombre al moro aterra:
héroes de Burgos y Castilla jura
lealtad en la paz como en la guerra:
á quien supo dar cima á tal hazaña
madre de reyes la saluda España.

VALLADOLID.

Pintia.—Vilisoleum.

Liberos cara docet tueri jura.

DERECHOS POPULARES.

Del derecho á los pueblos reservado,
donde la paz y la justicia mora,
Valladolid custodia su legado,
celosa madre y á la par tutora.
Al verle sin razón amenazado,
mientras del cielo protección implora,
la ley jurada en el augusto templo
á defender enseña con su ejemplo.

REINO DE LEON.

LEON.

Legio.

Hostium legionis Leo.

FORTALEZA.

Si romana legión te dió la vida,
y tu arrullo fué el grito del combate,
¡Ay! de la mano alevé y fementida
que al fuerte hiera y su furor desate.
La voz de honor y gloria es comprendida
del corazón que por su patria late,
y al enemigo dicen tus blasones
que un León desafia á sus legiones.

ASTURIAS.

OVIEDO.

Ovetum.

Extinta resurgit.

ESPERANZA.

De alevoso puñal el pecho herido
en lecho funeral la patria yace:
muerte y desolación el fruto ha sido
de la infame traición que al moro place:
mas una voz que alterna entre el gemido
sale de Oviedo y la esperanza nace.
«La patria vive» y del mortal desmayo
vuelve á la vida en brazos de Pelayo.

GALICIA.

SANTIAGO.*Campus-Stella.—Compostella.*

Acies invicta fides.

FÉ.

Proteje el cielo con visible mano
á Compostela su ciudad querida;
y allí brillando el lábaro cristiano
muertra al creyente el faro de la vida.
Su patria y religion al pueblo hispano
Santiago mismo á defender convida,
que la fé del combate en lo terrible
vale por un ejército invencible.

ARAGON.

ZARAGOZA.*Cesar augusta.*

Civium pectora castra.

PATRIOTISMO.

A la joya de César mas preciada,
que veinte siglos de proezas cuenta,
traicion falaz la vencedora espada
asesta al pecho y humillar intenta.
En lucha atroz la sangre derramada
asombra al mundo, al invasor afrenta;
que contra el fuego vil de sus cañones
cesan los esforzados corazones.

HUESCA.*Victrix osca.*

Pro filiis facta parentum.

PERSEVERANCIA.

Del Pirene á la falda en vega amena
ocupa el moro á Huesca vencedora:
de torres la defiende una cadena
contra Monte-Aragon, do Sancho mora.
Dardo fatal lanzado de una almena
hiere el pecho real, la patria llora.
Nada importa; del hijo la ternura
la conquista de Huesca le asegura.

NAVARRA.

PAMPLONA.*Pompejopolis.*

Gerunt magnanima fortes.

MAGNANIMIDAD.

Si á Pompeyo valiente y generoso
Pamplona debió el ser Navarra entera,
viendo en Arista al sucesor glorioso
corre á lidiar unida á su bandera.
Ampara al débil, vence al poderoso,
triunfa la ley de la arrogancia fiera:
nunca abatida por la adversa suerte
magnánima se muestra al par que fuerte.

PROVINCIAS VASCONGADAS.

ALAVA, GUIPUZCOA, VITORIA.*Vascones populi.*

Triplex ampilexus unus

GENEROSIDAD.

Tres hermanas tan nobles como hermosas
de Alfonso encanto son las Vascongadas:
ciñen coronas de amanto y rosas
á bíblicas virtudes enlazadas.
Siempre leales, fuertes, jenerosas
son por sus claros hechos celebradas;
y unidas á la patria en firme lazo
su constancia asegura un tierno abrazo.

CATALUÑA.

BARCELONA.*Barcino.*

Artibus pace fulget, bello fulgurat armis.

PROGRESO.

De Jove protegida y de Belona,
en artes diestra, en armas aguerrida,
sus muros alza heróica Barcelona,
de Jaime y Rerenguer patria querida.
Con hechos dignos de inmortal corona
humilla á Tiro y á Venecia olvida,
llevando con su nombre y con su gloria
la ilustracion, la paz y la victoria.

BALEARES.

PALMA.

Venceris alma, Martis invicta proles.

LEALTAD.

En trono de coral las tres hermanas,
radiantes de vigor y de hermosura,
hijas de Marte y Venus soberanas
del ancho mar dominan la llanura.
A Europa, al Asia y playas africanas
el blason de sus armas asegura,
que llevaron do quiera en pos del alma
por su nobleza y su valor la palma.

CANARIAS.*Ahtlantides, Fortunatæ, Cranaria.*

Divisos orbes jungit amica manus.

FIDELIDAD.

Hijas de Atlante, un día Afortunadas,
Canarias, hoy de España joya bella.
cuyas nobles hazañas celebradas
con grato lábio en vuestra frente sella;
del Africa amazonas denodadas,
id de la patria en pos, seguid su huella,
que en hechos grandes á la par fecundos,
lazo de union sereis para ambos mundos.



VALENCIA.

Ædeta.—Valentia.

Egregium decus Valentia^æ jungere nomen.
HONOR.

Edela ilustre de Sagunto hermana
conserva de su gloria los laureles.
Del Califa oriental bella sultana
es Valencia la Uri de sus verjeles:
ansía ser libre pava ser cristiana,
y un héroe la arrebató á los infieles
¿quiere fama inmortal acrisolada?
su nombre le da el Cid, Jaime su espada.

MURCIA.

Arcilasis.—Murcia.

Nobilis, pulera, dives.
NOBLEZA.

En bosque de jazmin, de mirto y rosa,
cuyo aroma embalsama el aura pura,
puso el cielo benigno á Murcia hermosa,
y á enriquecerla concurrió el Segura.
pide nobleza y se la dan gloriosa
Fernando, Alfonso y Jaime con premura,
legándole los tres al tiempo mismo
su fé, su corazon y su heroismo.

JAEN.

Aurigi Giennium.

Fidelis lúbari custos.
VIGILANCIA.

La frente ornada de laurel y oliva
alza Jaen en la region del oro;
rendida de Fernando á la fé viva,
guarda de sus conquistas el tesoro.
Siempre noble, leal, guerrera, altiva
lleva el pátrio estandarte al campo moro;
y el nombre de Castilla ve triunfante
desde el alto Pirene al mar de Atlante.

CORDOBA.

Colonia patritia.

Victorum Victrix.
CULTURA.

Si Colonia patricia al mundo llena
con los nombres de Séneca y Lucano,
de Córdoba Aberroes y Avicena
publican el poder del africano.
Ciencias, artes, valor, el cielo ordena
que cedan al monarca castellano,
y en la que de cautiva fué sultana
brille cual nuevo sol la fé cristiana.

SEVILLA.

Hupalis, Romula, Julia.

Justo dilecta Regi.
PIEDAD.

Cubre de Hispales la dorada cuna.
imájen del edén rosada nube;
Roma le da su nombre y su fortuna,
y en alas de la fama al cielo sube;
Alza su trono allí la media luna
y de él la arroja celestial querube
que el santo rey las glorias de Sevilla
destina á honrar la corte de Castilla.

GRANADA.

Iberis. — Granata.

Edium última clavis.
TRIUNFO.

Bella y radiante, como el sol Oriente
en deliciosa vega está Granada:
altos muros la guardan con su jente,
su riqueza y su gloria acumulada:
mas de Fernando y de Isabel potente
mira la enseña en Santa fé elevada:
suenan el clarín, y al nombre de María
se oye á España gritar: «Granada es mía.»

Madrid 13 de Enero de 1861.

JUAN SAIS DE ARROYAL.

BOSQUEJO DE LA HISTORIA

DEL ARTE.

I.

La idea, así como la imágen de lo bello, inspiradas por la naturaleza y sentidos, y aun trasmitidas por el hombre mediante el uso de sus facultades intelectuales, obra esta tal vez la mas maravillosa de la creacion, no son sin embargo ideas que conciban, ni sobre todo que reproduzcan los pueblos primitivos.

El arte, hijo predilecto de la civilizacion, no se revela sino á las edades que saben inspirarse del sentimiento de la idea, que se elevan á la contemplacion de lo que escende los límites de la materia, que se familiarizan con la sublime poesía de la epopeya humana, que marcan en fin épocas en los adelantos morales, filosóficos y literarios de la sociedad.

Así es que no todas las civilizaciones que han precedido á la pagana y á la cristiana, caracterizan épocas que deban ser contadas en la historia del arte, ni han realizado la idea de belleza, de armonía, de buen gusto que consigo lleva y espera, esta hermosa expansion de las facultades del hombre.

La cultura egipcia, la caldea, la indostánica, aunque remotas, y precioso como es su conocimiento á la historia del hombre y de la sociedad, no nos ha trasmitido la idea de la belleza artística, no obstante que los monumentos que de la civilizacion de aquellos pueblos se han conservado, son preciosas adquisiciones y dignos de estudio los vestigios de su arquitectura y de su escultura.

Las colosales ruinas que del tiempo de los Phorones han llegado hasta nosotros, los seculares monumentos de la India, los curiosísimos descubrimientos de Rinal, por mas que revelan poder, cultura, la existencia de imperios que habian salido de la infancia, y aun reflejaban grande esplendor; si bien son obras en las que podemos estudiar la indole de aquellas civilizaciones, no por eso trasmiten ni despiertan en nosotros la idea de lo bello, la imagen poética de la inteligencia del hombre puesta en comunicacion con el mundo exterior, y creando imágenes en las que se asocia la imitacion de la naturaleza con la idealidad, hija del pensamiento.

El arte, propiamente dicho, nació en la Grecia á la sombra de la libertad de aquellas pequeñas repúblicas, en la que nada ponía trabas á la espontaneidad del hombre, en las que la belleza del clima, las instituciones, la noble emulacion de los ciudadanos, hizo fructificar todos los esfuerzos en armas, en navegacion, en comercio, en elocuencia, en cuantas investigaciones, y tareas pueden cautivar la actividad moral del hombre. Los jefes de la culta y turbulenta democracia de Atenas no se señalaban por su fausto personal, ni emplearon á los artistas de su tiempo en edificar palacios para ellos. Pero hacian de estos mismos artistas los instrumentos de su ascendiente sobre la multitud, y Pericles era el amigo y el patrono de Phidias y de Zeuxis, y se valia de la admiracion que en el pueblo causaban monumentos, como es Parthenon, para hacerle cerrar los ojos sobre sus proyectos de usurpar el poder supremo, y fuerza será convenir que para que las bellas artes ejerciesen semejante imperio sobre la muchedumbre proletaria de Atenas, debemos suponer que la democracia griega elevaba y generalizaba el nivel de la inteligencia y de la cultura social, en vez de rebajarla por la envidia y los celos como se acusa de intentarlo á la democracia moderna.

Si de la época griega poseyésemos ejemplares de pintura, como los poseemos de escultura, nuestro conocimiento de los adelantos del siglo de Pericles y de Alcibiades serian completos; pero afortunadamente podemos suplir al testimonio material de los sentidos por las relaciones históricas contemporáneas, por las apreciaciones críticas de las que lograron ver y admirar las producciones de los pintores atenienses, por las deducciones que nuestro propio juicio saca de hechos conocidos y apreciables por nosotros mismos.

Desde luego no sería admisible en vista de obras de la belleza de los restos del templo de Minerva y del panteon de estatuas, como las de Júpiter, de Phidias, de la Vénus, de Praxiteles, de la Niobé; suponer que tanta perfeccion, un conocimiento tan esquisito de la anatomía y de las formas, un sentimiento tan vivo de la hermosura, fuese el privilegio exclusivo, el monopolio de una profesion. Cuando se producen obras de tanto efecto, su inspiracion es creadora, y la escultura griega habria bastado para engendrar la pintura, sino supiéramos con evidencia que este arte florecia y sostenia sin desventaja bajo el pincel de Apeles y de Zeuxis, la competencia con las estatuas de los grandes escultores del siglo de Pericles.

No nos detendremos, porque sería prolijo á discutir los medios de ejecucion de que la pintura disponia en aquella época; fuera este un trabajo de mera erudicion que añadiría muy poco al interés de los grandes resultados á que este sucinto bosquejo debe limitarse, bastando además á nuestro propósito poder afirmar, apoyadas en testimonios históricos, que la pintura griega rival de la escultura, abrazaba como en la edad moderna los diferentes géneros de pintura, á saber, la sagrada ó destinada á adornar los templos ó á representar asuntos religiosos, el género histórico, las batallas, los retratos, las escenas de la vida doméstica. Un solo género de pintura parece no era cultivado por los griegos, el del paisaje; á menos no han llegado á nosotros

indicios de que les fuese conocido; pero esto no debemos extrañarlo, puesto que el arte moderno no ha practicado este género de pintura hasta entrado el siglo xvi.

La opinion que podemos formar de la pintura griega, no se funda solamente en el dicho de los escritores antiguos que la juzgan comparable á la escultura de su tiempo, ni tampoco en nuestra apreciacion de la que debia ser, atendidos los adelantos á que habia llegado el arte. Tenemos datos seguros é indicaciones auténticas, suficientes para formar idea de algunas de las principales obras de los grandes pintores griegos.

Sabemos que la cortesana Phrynea inmortalizado por Proxiteles, á quien sirvió de modelo para sus estatuas, se dejó retratar por Apeles, en la actitud en que fué sorprendida por este al salir de bañarse en el mar. La obra de Apeles recibió el nombre de la *Vénus anadiomena*, y los contemporáneos la designaban como superior por la idea y el encanto de su grano, á los mismos atributos de la hermosura.

Sabemos que Alejandro el Grande que honró con su amistad y se honró así mismo dispensándosela á Apeles, quiso tener su retrato de manos del célebre artista, y los autores de aquella época hablan del célebre cuadro del mismo autor, cuyo asunto era la *calumnia*, cuadro que los pintores modernos han intentado reproducir, sirviéndose para ello de las descripciones transmitidas por escritores romanos.

El emperador Tiberio poseia y tenia en la mayor estimacion una pintura del griego Panhasio, y se cuenta de Zeuxis que imitaba la naturaleza hasta el punto de que los pájaros engañados venian á picar las frutas creadas por su pincel. Del mismo célebre pintor sabemos poseyó la antigüedad, un *Hércules niño* ahogando las serpientes que se acercaban á su cuna, asunto que los artistas modernos han imitado; *Júpiter en su trono* rodeado de los dioses del olimpo, prosternados á su presencia, y *Penélope y sus amantes*, ó por mejor decir sus *pretendientes*, respetando el decoro de la casta mujer de Ulises.

En el género de pinturas que se designa con el nombre de cuadros de costumbres, sabemos se distinguieron el artista corintiano Aristides, y los atenienses Elasio y Timanto, de varias de cuyas obras poseemos descripciones, al paso que de otras nos han sido, sino conservadas, transmitidas al menos sus imitaciones en bajos relieves.

Estos testimonios y el precioso descubrimiento de algunos frescos escapados á la accion destructora del tiempo y encontrados en las ruinas de la sepultada ciudad de Herculano y en las escavaciones de las termas de Tito, permiten poder juzgar del mérito y de los efectos de la pintura antigua, al menos de la romana, hija de la escuela griega, si bien hemos perdido todo vestigio de las obras de Apeles y de sus contemporáneos, y debemos contentarnos con la deducion de que no siendo inferiores sus obras, segun los autores y las irrecusables tradiciones de la antigüedad ni al Laocoonte ni al Apolo del Belveder, ni al mencaudio Zenxis, Apeles y Timanto, debian ser comparables á Miguel Angel, á Rafael y á los célebres de nuestros autores modernos.

Esta opinion pierde cuanto pudiera suponerse de aventurada, consultando el testimonio de nuestros sentidos en las pinturas secundarias, por decirlo así, que han llegado hasta nosotros de la época pagana. Los frescos de las termas de Tito, los de Pompeio y Herculano, *las bodas aldobrantinas*, pinturas todas de artistas muy inferiores á los grandes maestros atenienses, revelan dotes suficientes, poseen calidades intrínsecas á despecho del gran deterioro que han sufrido, que prueban el grado de perfeccion y maestria á que habia alcanzado la pintura entre los antiguos. Que en ella habia originalidad, belleza, un carácter capaz de añadir á las conquistas del arte, bastaria á demostrarlo el ad-

mirable partido que Raphael supo sacar del estudio de los frescos descubiertos en su tiempo en las subterfugios de las termas de Tito, para sus preciosísimos trabajos de las *logias vaticanas*, nombre bajo el cual son conocidos los lindos frescos pintados por él y sus discípulos en las galerías superiores del palacio pontificio. Pero aun todavía demuestra mas completamente el adelanto de la pintura entre los antiguos la lindísima composición de *las bodas aldobrandinas*, cuyo análisis no intentaré porque es bastante conocido para poder afirmar con la seguridad de no ser contradicho, que reúne á un alto grado no solo maestría en la ejecución, pero tambien elevación, idealidad, vida y expresión en el pensamiento, mas allá de lo que podía suponerse en las concepciones jentílicas que no se elevaban mas allá de la contemplación de la materia.

Pero por mas satisfactorios que deban aparecernos los escasos restos llegados hasta nosotros de la pintura romana, por mas que podamos admitir la excelencia de la pintura griega, el primer lugar en el arte pagano pertenece á la escultura, de la que poseemos numerosos ejemplares de una belleza, de una perfección, de una verdad tan sublime, que no ha logrado igualarlos el vigoroso génio de Miguel Angel, ni la indisputable elegancia de Juan de Boloña, ni la corrección y maestría de Dinostelo, ni la clásica ejecución de Cánovas.

Pero la perfección del arte griego, de que serán eternos é imperecederos testimonios el grupo del *Laocoonte*, el *Apolo*, la *Niobe*, el *Júpiter capitolino*, el *Démóstenes del Vaticano*, fué casi tan pasajero como en la época del arte cristiano debían serlo las obras producidas por el siglo de los Médicis y de Leon X. La escuela creada por los grandes artistas que florecieron en Atenas cuatrocientos años antes de la era cristiana, degeneró bien pronto, é interin los mas ilustres discípulos de los Phidias y de los Apelles, se esforzaron por anteponer la idealidad, los tipos generales de la belleza hija del arte, á la imitación seria de la materia, otra escuela muy semejante á la que en los tiempos modernos debía hacer perder la huella trazada por Leonardo Rinis, por Miguel Angel y por Raphael, se dedicó á copiar la naturaleza creyendo satisfacer á todas las condiciones del arte dando á sus obras verdad y expresión. Entre estos dos sistemas habia toda la diferencia que existe entre la inspiración y la observación aislada, entre la imitación individual y la ciencia engendrada por el poder de generalizar, de crear, de animar.

Sometida la Grecia al dominio de Roma ciento cuarenta y cinco años de la era cristiana, pronto vió decaer con su libertad y su génio la fama de sus artistas que apenas encontraban trabajo en sus avasalladas ciudades, ó iban á Roma á emplearse en servicio de sus conquistadores. A los fugitivos ingenios griegos debió la soberbia dominadora del mundo los adelantos que hizo en todos los ramos del saber humano, y no tardó en llenarse de artistas, de filósofos y de oradores griegos que educaron á su juventud al mismo tiempo que hermoseaban la ciudad.

Así como la escultura habia sido el título de gloria del arte griego, la arquitectura fué la que alcanzó mayor esplendor entre los romanos, y los templos, los acueductos, los mausoleos, las termas que se levantaron á orillas del Tíber la convirtieron en una ciudad monumental, de cuyos vestigios debía inspirarse mas tarde el arte cristiano, y crear despues del renacimiento las obras que han de ser eterna maravilla de las generaciones venideras.

Sea que un destino fatal pone límites á los progresos del arte, ó que llegado este á su apogeo una indeclinable ley lo condena á la obediencia, el gusto y la perfección entre los romanos conservaron su esplendor menos tiempo aun que lo habian mantenido en la Grecia. De Augusto á Trajano apenas mediaron doscientos

años, y ya bajo los sucesores de este emperador la decadencia comienza á hacerse sentir y se precipita á pasos de gigante, en términos que ya en tiempo del emperador Septimio Severo, los monumentos públicos degeneran para señalar su inferioridad al advenimiento de Constantino.

La desaparición de la inspiración griega, la traslación de las copias del imperio á Constantinopla, las inundaciones bárbaras hasta el triunfo del cristianismo que hacia la guerra al paganismo moribundo y destruía sus templos y proscribía sus imágenes, todo se conjuró contra las artes en los primeros siglos de nuestra era, é hizo desaparecer á impulso de las guerras, de las invasiones y de las ruinas que cubrieron la superficie del mundo romano, los magníficos monumentos levantados por el génio de la antigüedad. La obra de destrucción caminaba al compás de la disolución de una sociedad cuyos cimientos habian corroído y minado la tiranía, la corrupción, la incredulidad y la degeneración de la raza dominadora, y como si el nuevo principio que debía inocular la vida de la sociedad moderna exigiera dar sepultura al mundo pagano, los primeros siglos de la era cristiana se emplean en destruir y en enterrar las ciencias, la civilización, los monumentos y las artes del paganismo.

Pero el nuevo culto necesita templos, y para reedificarlos, si bien echa mano de los soberbios pórticos, de las columnas, de los mármoles que adornaran los edificios romanos destruidos sin piedad, no le basta adquirir por este medio materiales de construcción; necesita ademas artistas, necesita arquitectos y aquí empieza la larga y laboriosa época de reconstrucción que debía conducir á los esplendores del arte moderno.

Un ramo de adornamentación en que los romanos habian hecho grandes adelantos, sirvió de vínculo, por decirlo así, de lazo de transmisión entre los siglos pasados y los venideros. El mosaico que asegura á las obras á que dá existencia y forma una duración muy superior á la que puede obtenerse por los demás procederes de la pintura, fué cultivado con preferencia por los artistas de los primeros siglos de la era cristiana, y á ello debemos lo poco que se conserva de aquella época, pues aunque en las catacumbas de Roma y de Nápoles se encuentran trozos de pintura atribuidos al siglo IV y V, su autenticidad es muy dudosa y sería aventurado fundar sobre tan dudosas muestras, indicios relativos á la marcha y vicisitudes del arte en aquellos oscuros tiempos.

Una cosa debemos notar al hablar de los primeros monumentos del arte cristiano: la completa desaparición de toda idea, como de toda inspiración hija del arte pagano, y la creación del género llamado bizantino, bastante conocido en arquitectura por los templos que en casi todos los países de Europa se conservan, y que en pintura corresponde al tipo rígido, descarnado, sin proporciones, vida ni acción que caracterizan los cuadros de la escuela bizantina, y de que dan idea las Virgenes de Isidoro de Chipre y de los pintores que precedieron á Cimabue, cuyas obras pueden verse en los principales museos históricos.

Sin embargo, y á despecho de los grandes defectos de las obras en mosaico de los primeros siglos cristianos, se nota en ellas un conato laudable, una aspiración vaga á realizar el fin intelectual á que debía mas tarde llegar el arte moderno. Pero aquellos esfuerzos eran estériles é impotentes ante la insuficiencia é imperfección de los medios de que disponian los artistas en aquellos calamitosos y atrasados siglos, y lo único que consiguieron buscando en sus obras la expresión moral cuando eran inhábiles hasta para reproducir las formas materiales con armonía y precisión, fué hacer que perdiendo sus composiciones hasta el tipo de la fisonomía humana, tomaran el de símbolos místicos, que no conservaron mucho tiempo, porque la barbarie

hacia cada día nuevos progresos, y los mosaicos de los siglos xi y xii son una obra tan grosera, que los consideramos inferiores á las mas informes producciones de los peruanos y de los indostanos en la infancia de su civilización.

Procuróse entonces suplir á la escasez del ingenio por la riqueza material de los objetos, y empleáronse en la composición de los mosaicos piedras preciosas y fragmentos de oro y de plata, obras curiosas y de las que las iglesias de Venecia se hallan dotadas con tanta profusión que de ellas pudiera formarse un museo.

En efecto, á principios del siglo xiii los señores franceses, capitaneados por Ville-Hardoin, mariscal de Champagne, llegaron á Venecia á solicitar auxilios para trasladarse á la tierra Santa á hacer la guerra á los infieles, y arrastrado por los ruegos y elocuencia de los espedicionarios, el viejo dogo, Enrique Dandolo, tomó la cruz y decidió á la República á hacer alianza con los franceses para la santa empresa. Pero los cruzados, á su paso por Constantinopla, se pelearon con el emperador cristiano y saquearon su capital, y Venecia obtuvo la mayor y la mas rica parte de los despojos que vinieron á enriquecer su metrópoli de las Marcas, al mismo tiempo que multitud de artistas bizantinos se refugiaron á Italia, donde su influencia no tardó en hacerse sentir.

Venecia conservó en los mejores tiempos de su república una superioridad marcada en la ejecución de las obras en mosaico, de cuyo ramo poseía una célebre escuela, que hasta últimamente no ha logrado rivalizar Roma, no debiendo callar en este rapidísimo sumario que de las vicisitudes del mosaico hemos debido hacer, por el papel que este procedimiento juega en la historia del arte, que los artistas de los primeros siglos cristianos componían un mosaico en vez de copiar, como hacen los artistas modernos. Así es que el mosaico, que en nuestros tiempos es una obra puramente material, un trabajo que ejecutan simples jornaleros, era en aquellos siglos una verdadera creación, una obra de ingenio en la que el artista recurría al mecanismo de emplear fragmentos de piedras de diferentes colores para obtener los efectos que obtiene el pintor con la paleta y los colores.

Tampoco podemos omitir otras circunstancias que ejercían notable influjo en la marcha del arte en los siglos que precedieron al renacimiento.

No puede menos de llamar la atención del observador y del viajero la asombrosa analogía que se nota en todos los edificios religiosos contruidos en la edad media. Una iglesia de Dinamarca, de Inglaterra ó de Polonia, contruida en el siglo x y xi, es casi idéntica en estilo y forma á las de Francia, de Suiza, de Italia de la misma época, y si consideramos la dificultad de la carencia, casi absoluta, que había de comunicaciones entre las diferentes partes de Europa; si tenemos presente que en tiempos posteriores y en los nuestros de cosmopolitismo y de tipos generales, apenas existe semejanza entre la arquitectura de las iglesias de una misma época, veremos que alguna causa extraordinaria debe explicar aquella singular analogía.

Esta causa fué la existencia de una corporación, conocida bajo un nombre que en tiempos posteriores ha adquirido un significado muy distinto del que tuvo entonces. Bajo la protección de los Papas, y favorecidos por ellos con privilegios que llegaron hasta incurrir en excomunión los que hostilizasen, impidiesen ó aun solo trataran de suscitar competencia al gremio predilecto de los Pontífices, se creó la asociación de arquitectos y de albañiles llamada *franc-masonería*, que se extendía á todos los países cristianos, y eran entonces una especie de milicia encargada de levantar iglesias y monasterios, y de poner á la única necesidad artística de la época, pues la arquitectura civil no existía entonces. Los particulares vivían casi todos en casas de madera;

los edificios de piedra eran fortalezas y castillos para seguridad y defensa, y todo el lujo y ornato se reservaba para los templos del Señor, en los que se aglomeraban á la vez los esfuerzos del ingenio artístico y los dones de las riquezas adquiridas. Para justificar las preeminencias, las escepciones, los fueros concedidos á los *franc-masones*, los Papas, invocaron el ejemplo de Hiram, rey de Tiro, aliado de Salomón, y que como es sabido le envió los arquitectos que edificaron el célebre templo del gran rey de los judíos.

Favorecido por su organización y sus privilegios, la *franc-masonería* prosperó en todos los países cristianos, menos en el imperio griego, donde no penetró y se conservaron las formas y el gusto del estilo bizantino. Tampoco hubo la corporación de hacer grandes progresos en España, donde la civilización árabe suministraba modelos y ejemplos que modificaron la acción del arte religioso, adoptado en el Occidente; pero como vamos á explicar, los buenos templos góticos de nuestra Península, y en particular la bellísima catedral de Burgos que es del siglo xii, debió ser obra de la hermandad, cuya historia bosquejamos.

Sometidos á una severa disciplina, á una organización en la que todo estaba previsto y calculado, los *franc-masones* tenían que caminar á veces solos, por rutas desconocidas, y atravesando países solitarios y hostiles; y á fin de que pudiesen conocerse, auxiliarse, protegerse entre sí, establecieron las señales y palabras misteriosas que debían servirles á reconocerse, y á evitar el engaño de los que pudieran fingir de pertenecer á la hermandad.

Llegados á los puntos en los que debían ejecutar sus obras los *franc-masones*, ponían en requisición á los pobres, pidiéndoles prestaciones personales; de los ricos exigían materiales y acarreos, y auxiliados en todas partes por el clero, ejecutaban obras portentosas, con una celeridad que apenas podría igualarse en estos tiempos de grandes recursos de toda clase.

Las construcciones góticas desde el siglo x al siglo xiii, son en su mayor parte obras de la *franc-masonería*. Reunidos en capítulos y en logias, en los que todos los hermanos tenían asiento segun su grado y gerarquía en la orden, en estas reuniones se adoptaban los planos del edificio, segun la planta aprobada por sus jefes; pero en la ejecución de los pormenores de los adornos que debían embellecer los compartimentos, cada maestro conservaba su iniciativa, y la libertad de aplicar los dibujos y relieves de su invención; y esto explica la prodigiosa variedad que observamos en las columnas, capiteles architraves y bajo relieves de los mejores templos góticos.

Imbuidos del misterioso espíritu de la corporación, celosos de conservar para sí los beneficios y la gloria de su arte los *franc-masones*, no iniciaban á sus aprendices y operarios, sino lentamente y despues de someterlos á terribles pruebas y juramentos, á los ejercicios de la profesión, al mismo tiempo que escondían y aun hacían desaparecer los planos y los cálculos que habían servido á la ejecución de sus obras. Así es que al paso que estas obras nos atestiguan el saber y habilidad de aquellos singulares artistas, nada dejaron que pudiesen perpetuar el conocimiento de los métodos científicos que emplearon.

El Domo de Pisa, San Miniato de Florencia, la catedral de Parma, San Saturnino de Tolosa de Francia, la catedral de Chartres, varias de las célebres de Alemania, la restauración del Santo sepulcro de Jerusalem, son obras del siglo xi, y basta observar la sabia disposición y consumada maestría de estos edificios levantados en una época de tan general y crasa ignorancia, y en la que tan profundo era el atraso de otros ramos de menos difícil concepción y ejecución que la arquitectura, para encontrar la demostración que solo á la exis-

tencia y la organizacion de la *franc-masonería*, fueron debidos resultados tan sorprendentes.

En nuestro siglo de adelanto y de superioridad mecánica, todavía se admira y apenas podía imitarse la perfección que descubrimos en los atrevidos arcos, en los apoyos y resistencias sabiamente calculados, en las curvas, en las pilastras de las iglesias del siglo XII; y á no ver los monumentos que tenemos delante de nosotros, no se creerían obra de una época de tanto atraso y barbarie, de una tan universal esterilidad de conocimientos.

Pero los celos de los reyes respecto á la *franc-masonería*, cuya influencia, no menos que su independencia causó recelos; la disminucion de la supremacia papal en que se habian apoyado, lo lento, pero progresiva difusion de las luces; la decadencia del celo religioso, produjeron la expulsion y la supresion de la misteriosa hermandad en los diferentes países, sin que quedara de ella mas que el nombre y un modelo de organizacion admirablemente adaptado á objetos bien ajenos al interes artistico que creó la primitiva *franc-masonería*. Poco á poco esto fué trasformándose en institucion filantrópica, en asociacion filosófica, en sectas políticas, que si bien han enunciado las formas, usos y rituales de la célebre hermandad, no por eso nos han transmitido el menor indicio de los principios, ni del método científico que tan interesante nos hubiera sido conocer.

ANDRÉS BORRERO.

ESTUDIOS SOBRE LA FABULA.

ARTÍCULO III.

El primero de estos dos escritores (1) tiene un mérito tan notable, que en lo espontáneo y en lo que los franceses llaman *naïveté*, solo cede á su gran predecesor, siendo muy superior en mi concepto á La Mothe, Arnault y Le Bailly, y á todos los demas fabulistas de su nacion; y en la Fábula toda grave, no tiene vencedor que yo sepa en ningun escritor profano. Yo he traducido en mi coleccion, aunque libremente y solo por via de muestra, una de las que entre las suyas pertenecen á esta última especie, ó sea la titulada *El Califa*. Léase (2); y no obstante lo mucho que ha debido perder en mi version, dígame si ese bellissimo y sin intermision solemne *Apólogo* se insinúa menos en el ánimo que el que mejor se crea entre los otros tres ó cuatro festivos cuya idea he tomado de Esopo, de Lokman ó aun del mismo La Fontaine: dígame si por lo magestuoso y aun augusto de su entonacion, se le comprende menos que al mas jovial y familiar de aquellos; dígame en fin si la gran leccion moral que en accion presenta merece ni un solo ápice, porque no tenga como premisa un cuento *meramente pueril*. Yo hubiera querido tambien traducir ó imitar al menos sus *Fábulas* de *El Ciego y el Paralitico*, *El buen Hombre y el Tesoro*, *El Rey Alfonso* y otros por el estilo, y sobre todo su obra maestra la tan llena de afectuosa y consoladora ternura, titulada el *Conejo y la Cerceta*; pero no me he sentido con fuerzas para otra segunda tentativa, y he preferido ser original, aunque flojo, á que pueda decirse de mí que no he sabido emplear el tiempo sino en estropear ajenos asuntos. Entretanto, ese *Califa* basta para dar una idea del nuevo campo que Florian supo indicar al *Apólogo*, aunque tomando de otros escritores una buena parte de sus argumentos; y basta así mismo para quitar á la *Fábula* que no presenta la fisonomía con que

generalmente se la ha dado á conocer, la prevencion con que la miran algunos. ¿Cómo no reflexionan estos que la Biblia abunda en *Parábolas*, y que si no se las llama *Fábulas* en el sentido sério á que aludo, es mas bien por respetos divinos, que no porque no constituyan, en lo que tienen de literario, una de las especies del género? ¿Qué *Apólogo* puede compararse, por sentido y sublime que sea, á la *Parábola* de *El Hijo Pródigo*, y á las demás que tanta union destilan en los labios de Jesucristo?

Tal vez bebió Florian en esa purísima fuente la mejor parte de su inspiracion: tal vez y sin tal vez es la Biblia el origen del género explotado despues por los Fabulistas profanos tanto en Oriente como en Occidente. Las *Parábolas* abundan en los Profetas. «Aquí, dice el Abate Chassagnol, compara el Eterno á su Pueblo con una mujer adúltera, porque despues de haberle jurado fidelidad aceptando libremente su yugo, se aparta de él y le abandona para correr en pos de divinidades extranjeras: allá, bajo la expresiva imagen de una viña que su dueño ha protegido contra todas las calamidades, recuerda el Señor la solicitud con que él ha protegido á Israel, y le amenaza con todo el peso de su cólera si no produce mas que malas yerbas y frutos amargos. En otro pasaje se ve al generoso Nathan turbando la paz criminal del gran Rey, comparándole al rico que roba la oveja de su pobre vecino: en otro es el impetuoso Ezequiel el que deseando pintar la vuelta de los hijos de Judá, los compara á las osamentas blancas y secas que cubren la tierra por todas partes, pero que eso no obstante se reunirán al fin y recibirán nueva vida al soplo del espíritu.» A todo esto no faltará quien diga que esos y otros ejemplos que podian citarse, son mas bien rasgos y similes elocuentísimos, propios del estilo oriental, que no gérmes en los cuales se descubre el origen del *Apólogo* profano; ¿pero qué es este en último análisis, sino un simil ó una comparacion? Si esta observacion no convence, no será inoportuno recordar que en el Libro de los Jueces, capítulo IX, versículo 8 y siguientes, hay un *Apólogo* propiamente dicho, el cual podría muy bien titularse *Los Arboles pidiendo Rey*, y en que hablan el *Olivo*, la *Higuera*, la *Vid* y la *Zarza* (1); y que así como Andrieux tomó el suyo del referido Libro, La Fontaine á su vez tomó del Eclesiástico su *Fábula* titulada *La Olla de hierro y la Olla de barro*. ¿Provendría del mismo origen el *Apólogo* de Esopo *Las dos Ollas*?

Viniendo ahora á nuestro poeta Iriarte, pues de Samaniego está dicho todo con llamarle el La Fontaine español (título que merece sin duda alguna, aun á pesar de la respetable distancia que le separa de su gran modelo), glorioso es para nuestro país que ademas de haber sido ese escritor el que inspiró al ya dicho Florian algunos de sus mejores *Apólogos*, sea tambien el mas original de todos los Fabulistas modernos, y el creador de una nueva especie en el género que me ocupa. Hasta él se habia aplicado la *Fábula* solamente á objetos morales: Iriarte fué el primero en destinarla á combatir vicios exclusivamente literarios, ó á dar útiles consejos y lecciones en el mismo concepto, consistiendo en eso principalmen-

(1) El capítulo 12 del Libro II de los Reyes dá principio con el *Apólogo* de *El Hombre rico y el Hombre pobre*, narrado por Nathan á David; y *Apólogo* es tambien el que en el mismo Libro, capítulo XIV, cuenta al mismo David la muger enviada por Joab; pero como no faltará quien crea que ambos son dos *moralidades* mas bien que dos *Fábulas* propiamente dichas, bueno será transcribir aqui la respuesta que en el Libro IV de los mismos Reyes, ve sículo 9, dá Joás, Rey de Israel, á Amasías, Rey de Judá: «*El Cardo del Libano* (dice el escritor sagrado en la traduccion del Padre Scio) *envió á decir al Cédro, que está en el Libano: «Dá tu hija por muger á mi hijo. Y pasaron las bestias del bosque, que están en el Libano, y pisaron al Cardo.» ¿Puede darse *Apólogo* mas caracterizado, mas laconico, ni mas terrible, atendida la posicion de ambos monarcas?*

(1) Florian.

(2) Va publicada en este mismo número.

te, y en no haber tomado sus asuntos de nadie, su envidiable originalidad. Puro, correcto, elegante, ameno, ligero, punzante, festivo, será siempre leído con gusto por cuantos sepan apreciar en lo que valen tantas buenas dotes unidas á un buen juicio enteramente horaciano y á una versificación siempre fácil, variada y exenta de ripio, bien que no tenga ni aun por incidencia los fervidos arranques del génio, ni la numerosa armonía propia de los grandes poetas. Nadie ha osado hasta ahora entrar en competencia con él en el giro que dió á sus *Apólogos*; y es muy probable que por largo tiempo brille sin rival en la arena donde tan firmemente sentó el pié, sin que el lauro que con tanta justicia alcanzó le perturbase ó desvaneciese. Pocos libros pueden leer los jóvenes con mas fruto que las *Fábulas Literarias*, la mayor parte de las cuales son verdaderos y acabados modelos. Samaniego es preferido por los niños, y es muy natural que así sea, estando mas sujetos á su comprension los asuntos puramente morales en que dicho autor se ejercita; pero tambien los de mayor edad necesitan *Fábulas*, y su juicio y buen gusto literarios ganarán mucho leyendo á Iriarte.

El digno ejemplo de estos dos insignes Fabulistas impulsó á otros en nuestra España á escribir una multitud de *Apólogos*, en la mayor parte de los cuales no se ven por desgracia otras dotes que las del buen deseo, el cual no basta para dar ingénio al que carece de él, ni para hacer llegar á la posteridad lo que el estro no vivifica. ¿A quién no se le caen de las manos las *Fábulas* de Ibañez de la Rentería, las de Folgueras y las de Valvidares, y aun las del mismo Pison y Vargas? Muy superior á todos esos autores, tiene Crespo entre sus *Apólogos* algunos que, aunque no sin trabajo, podrian muy bien refundirse, y que corregidos convenientemente por un hombre de talento y de gusto, resultarían buenos y aun excelentes; pero tales como su autor los dió á luz, es imposible que satisfagan aun al menos descontentadizo. En parecido caso se hallan las *Fábulas Mitológicas*, dadas á luz en 1795 por D. Manuel Fermin de Cidon é Iturralde, hombre mas de una vez dotado de chispa y de intencion filosófica, como entre otros ejemplos lo demuestra la moraleja de la titulada *Eolo*, de quien dice en los dos versos finales:

«Los aires manda: sábio fué sin cuento:
Por eso le acompaña tanto viento;»

pero fuera de algun otro rasgo por el estilo, es muy amanezado y desigual en el resto de sus composiciones, y de aqui que no fuese afortunado en su por otro lado loable tentativa de ofrecer á los jóvenes un medio de aprender la mitología con tanto placer como fruto. El marqués de Casa-Cagigal quiso abrirse por su parte otro camino con sus *Fábulas militares*; pero á su cualidad de mal poeta, añadió la de flojo y desmayado versificador, y hubo tambien de fracasar en una empresa tan digna de ser explotada por otro escritor militar, en quien se reúnan las dotes de que aquel, salvo la de su ciencia, carecía absolutamente. El festivo poeta Salas nos dió mas de una muestra de sus buenas disposiciones para cultivar el género fabulístico; pero escribió muy pocos *Apólogos*, y no puede por lo tanto contarse entre los fabulistas propiamente dichos. De Escoiquiz nada hay que decir: tradujo ó imitó á Sabatier, y lo hizo con el mal gusto que en sus versos le caracteriza. ¿Nombraré á Zabala y Zamora, traductor ó mas bien estropeador de algunas *Fábulas* de La Fontaine, Dorat y Florian, despojándolas de toda su poesía en su mal entendido prurito de laconizarlas por el estilo de las de Esopo, sin que al cabo lo consiguiese, y acabándolas de echar á perder en la manía con que calificaba de *despreciable* al primer Fabulista de la Francia, cuando le comparaba con el griego, llamándole además *insípido, monótono, oscuro, desabrido y lleno de digresiones*? Mas grato sería venir á los tiempos en que Campo-

amor y Hartzenbusch han vuelto por el lustre del *Apólogo* español, vindicado ya en parte por Mora; pero esos tres autores viven aun, lo mismo que Fernandez Baeza, Trueba, Pravia, Baron de Andilla, Beña, Govantes, Tenorio, Gutierrez de Alba, y otros que se han dedicado ó dedican á cultivar tan difícil género; y entrar en consideraciones sobre ellos, me expondría á establecer comparaciones de que solo deben ser objeto los muertos, á quienes no puede suponerse que miremos como rivales los vivos. Renunciaré por tanto á esa tarea, contentándome con decir, que tanto cuanto fueron desafortunados en la *Fábula* los primeros autores uestros que siguieron á Samaniego é Iriarte, otro tanto han enriquecido nuestra literatura nacional con bellos y excelentes *Apólogos* algunos de los dignos escritores últimamente citados. ¡Así me hubiera tocado á mí una parte, aunque escasa, de las grandes dotes que en ellos admiro! Falto de ellas, no me es dado seguirlos sino solamente de lejos.

Interminables serían estos apuntes, si hubiera yo de hacer la reseña de todos los demás fabulistas que de un modo algo notable, y aun notabilísimo algunos, se han distinguido del vulgo de los otros por el mérito de sus composiciones. Yo no hablo aquí del *Apólogo* sino con el objeto de indicar sus principales evoluciones, augurando de paso las sucesivas de que sin duda puede aun ser objeto. Entre los orientales mas antiguos, son autores famosos Pilpay ó Bidpay, Lokman y quienes quiera que sean los escritores á quienes se debe el *Hipotadesa* y el libro titulado *Pantcha-tantra*; pero no han ejercido influencia en la literatura europea, al menos de un modo sensible, sino por conducto de Esopo, en el supuesto de que este tomase de ellos las *Fábulas* que corren con su nombre, y que en concepto de muchos eruditos son hijas exclusivas del genio y de la imaginacion oriental. Juzgado, pues, el gran fabulista griego, lo están á su vez los de Oriente, en razon á ser comunes á estos y á aquel los mejores de dichos *Apólogos*, siquiera tenga Lokman, por ejemplo, unos cuantos que yo no he visto incluidos en las *Fábulas* Esópicas, y siquiera no haya puntos de contacto entre estas y las de Pilpay, como no los hay á mi parecer, segun puede verse en el *Calila é Dymna*, que vertido al castellano antiguo, ha dado á luz nuestro eruditísimo orientalista D. Pascual de Gayangos, en el tomo 51 de la *Biblioteca de autores españoles*. Por lo demás, aun cuando quisiéramos aceptar la opinion de los que creen que Lokman, por ejemplo, es el ser real y efectivo, no Esopo, ó la de los que juzgan por el contrario que lo es Esopo, no Lokman; no por eso sería menos cierto que usurpadas ó no por la Grecia, son esas antiquísimas *Fábulas* las primeras que escritas en prosa sufrieron en manos de Fedro su primera trasformacion, al adoptar este el lenguaje métrico un número mayor ó menor de ellas (1). Muy posterior á Fe-

(1) En lo relativo á Esopo y á Lokman, vuelve á jugar la etimología. Además de un Lokman asiático, á quien por su sobrenombre de *el Sábio* identifican algunos con Salomon, hubo otro de origen etiope, si no es que ambos son uno mismo: es así que *Etiopie* en latín se pronuncia *Ethiops* ó *Ethiopicus*: es así que esta última palabra es *Aethiopus* si se la barbariza: es así que barbarizada se parece muchísimo á *Esopus*: luego Lokman y Esopo son un mismo mismísimo escritor, ó sea dos nombres distintos con una sola entidad verdadera. Esto vuelve á recordarme otros versos de los tiempos en que yo era muchacho:

El Etimólogo aquel
Que de *Esther* el nombre atrapa,
Dice que es PAP raíz fiel,
Y que por ende es el Papa
El inventor del papel.
Por esa regla Pascual,
Inventor el tubo, Tubal,
Como el Mesías la mesa,
Arquimedes la arquimesa,
Y el Antecristo el cristal.

dro el poeta latino Aviano, á quien otros llaman Avieno, y posterior tambien el persa Sadi, ó como dicen otros, Saadi, fabularon cada cual á su modo, el primero elegiacamente, ó sea en hexámetros y pentámetros, y el segundo parte en prosa y parte en verso, escribiendo el *Gulistan* y el *Bostan* (jardin de rosas y jardin de frutos); pero aunque diesen algun nuevo sabor al *Apólogo*, no lo hicieron progresar en los términos que La Fontaine; y por consiguiente es este siempre su segundo y gran trasformador. De La Fontaine he ido á Florian, sin detenerme en el inglés Gay, ni en su compatriota Moore, por no haber el uno ni el otro dado un nuevo giro á la *Fábula* (pues no creo yo que lo sea el *spleen* con que á veces la revistieron), ni poder compararse con los escritores franceses en el arte de decir y contar, tan rebelde al genio británico. A los italianos Verdizzotti, Pignotti, Gerardo de Rossi, Passeroni, Lodoli y Roberti, tengo que contentarme con nombrarlos y con reconocer las buenas dotes de los mas como poetas, dotes de que no obstante abusaron en perjuicio del *Apólogo* que yo llamo *solemne* ó *grave*, no conciliando debidamente la elevacion de las ideas con la sencillez y perspicuidad del lenguaje, requisitos *sine quibus non* en el género fabulístico. Tambien observaré aquí de paso que los escritores de esa nacion, son entre los modernos, los que mas estension han dado á la *Fábula*, juzgando acaso que no hay ya los mismos motivos para hacerla siempre tan breve como en los tiempos de Esopo y Fedro. Yo por mi parte lo creo tambien así, y mas en el siglo presente, en que sobre no correr el *Apólogo* peligro alguno de asustar á nadie, hay cierta avidez de doctrina que le concede ser algo mas lato, á condicion de que no languidezca por falta de interés ó de poesia. Sin embargo, en igualdad de condiciones, será siempre mejor la *Fábula* cuanto mas laconica sea. Respecto á los demás escritores que se han señalado en este género, ¿cómo no hacer mencion honorífica de Lessing, el gran fabulador de Alemania, y uno de los que mas han contribuido en los tiempos modernos á dar importancia al *Apólogo*? Hartzenbusch nos ha dado á conocer, prestando un gran servicio á su país, algunas de sus bellas composiciones, asi como otras de relevante mérito debidas á Pfeffel, Gellert, Lichvehr, Hagedorn, Gleim, Ramler, y Liebeskind, autores alemanes tambien, advirtiéndose en varios de ellos evidentes señales de lo mucho que les debe la *Fábula* en el terreno que á falta de otro nombre habré de llamar *filosófico*, por contraposicion al *moral*, de pretensiones algo mas humildes, ó de miras menos elevadas en su clase de aparente juguete.

MIGUEL AGESTIN PRÍNCIPE.

EL CALIFA.

(Traduccion libre de Florian.)

FÁBULA.

Quiso Almamun, Califa prepotente
Que tenia en Bagdad su régio asiento,
Alzar un monumento
Que ilustrara su nombre eternamente;
Y un palacio elevó de tal valia,
Que á todos los palacios de la tierra
En lo bello y magnífico excedia.

Cien columnas su pórtico formaban,
De blanquísimo mármol todas ellas,
Y oro y azul y jaspe decoraban

El pavimento en que los piés sentaban
Sus resonantes huellas.
Esculturas sin fin, á cuál más bellas,
Ostentaban del arte los primores,
Alternando con ellas los colores
Que vívidos lucian
De cedro bajo el rico artesonado,
Y en recinto encantado
Cada régio aposento convertian.
El diamante, el zafiro y el topacio
Fulguraban allí, como en el cielo
Las estrellas que alumbran el espacio;
Y en tanto que los mirtos y rosales
Con su perfume el ámbito llenaban,
Cien y cien arroyuelos deslizaban
Aquí y allá sus líquidos cristales,
Brotando alguno con bullir sonoro
Cerca del lecho de oro
Donde el augusto Dueño,
Los cuidados y penas endulzando
Que le infundia el mando,
Al son del agua conciliaba el sueño.

Junto á aquel edificio,
Y en frente de su mismo frontispicio,
Hecha de adobe, de guijarro y broza,
Se alzaba una casita,
O por mejor decir, misera choza,
De aspecto tan raín, tan deplorable,
Que grima verla ante el palacio daba.
Un humilde Operario allí habitaba,
Anciano venerable,
Que á su trabajo nada más atento,
Toda su dicha y su placer cifraba
En ganar con su oficio su sustento.
Sin esposa, sin hijos, sin parientes,
Olvidado del mundo y de las gentes
Y de nadie envidioso ni envidiado,
Días pasaba allí solo y aislado
De laborioso afán sin duda llenos;
Pero tambien tranquilos y serenos,
Como los goza solo el hombre honrado.

Su morada entretanto, ya lo he dicho,
Parecia allí alzada por capricho
En baldon del palacio portentoso,
Y era fuerza padron tan afrentoso
Quitarle de delante.
Derribando la choza en el instante.
Así el Visir hacerlo pretendia
Sin pararse en la forma ni en el modo;
Pero el Califa procuró ante todo
Ver si el dueño vendérsela queria,
Mostrando en este punto tal empeño,
Que mandó á su ministro respetarla,
Mientras no se prestase á enagenarla
El susodicho dueño.

Del Califa á la voz, baja la frente
El Visir obediente,
Y al tugurio en cuestion parte ligero,
Y al morador con rostro placentero
Oro ofrece sin limite ni tasa,
Si se desprende de su pobre casa.

—¡Ay, mil gracias, señor! dice el Obrero:
Mas con ese telar, que es mi tesoro,
No necesito el oro,

Cuyo esplendor está muy por debajo
De la tranquila paz que da á mi alma
El honrado vivir de mi trabajo.
¿Cómo quereis así que sin querella
Os dé mi casa y me desprenda de ella?
Decid al Gran Califa que mi madre
En ella me dió el sér, y que si yerto
Mi padre en ella ha muerto,
Quiero en ella morir como mi padre.
Yo conozco á Alina mun, y es imposible
Que de mi pobre albergue echarme quiera;
Mas si oyendo insensible
Mi queja lastimera
De él me lanzare en malhadado día,
No podrá al menos el solar quitarme,
Ni que venga sobre él á arrodillarme
Día y noche á llorar la pena mía.»—

Irritado el Visir con tal discurso,
Pide al Califa que al audaz castigue,
Y que además le obligue
Su casa á demoler sin más recurso;
Pero el Califa le responde: «¡injusta
Fuera tal orden, además de adusta,
Cuando ese Obrero, si lo vés despacio,
No hace más en el hecho que te extraña,
Sino amar delirante su cabaña,
Como deliro yo con mi palacio.
Quede su casa en pié; pero de modo
Que renovada á mis expensas sea,
Para que así se vea
Cómo un Califa lo concilia todo.
Yo no quiero jamás que mi memoria
Manchada pase á la futura historia
Con violencia alguna,
Sino que adquiera perdurable gloria
Al tiempo superior y á la fortuna,
Enlazando el recuerdo de mi nombre
Con el de ese infeliz y pobre hombre.
Así las gentes con placer y gusto
Nombrarán siempre á su Califa augusto;
Y sin que voz alguna se desmánde,
Viendo el palacio, exclamarán: *fué grande!*
Viendo la choza, añadirán: *fué justo!*»

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

REVISTA DE MADRID.

Con gran placer comenzamos hoy la tarea de relatar á los habituales lectores de LA CRÓNICA, los acontecimientos de la coronada villa que en esta parte de la Revista tienen su lugar, seguros de darles un buen rato de solaz y agradable entretenimiento, tanto por lo notable del asunto, como la singular y discreta manera de referirlo, tan diferente de la desaliñada y descolorida con que solemos tejer nuestros pobres conceptos.

Ya el entendido lector comprenderá, que el acontecimiento á que nos referimos es el baile de trages dado en la noche del 1.º de abril, por los duques de Medinaceli, en su palacio nuevamente restaurado, y que para contárselo, hemos de valernos de la relación que don

Quijote de la Mancha, uno de los principales convidados, dirige á su compañero en asuntos de caballería don Amadis de Gaula, redactada por uno de nuestros mas distinguidos escritores, que reduce su firma á las iniciales M. de M.

La necesidad de circunscribirnos al espacio que nos está señalado, nos impide trasladar íntegra como desearíamos la referida carta, en la cual despues de referir el ingenioso hidalgo, cómo fueron invitados al baile los duques ilustres que en Zaragoza lo hospedaban, y cómo habiéndose retrasado el correo que llevaba la invitación, tuvieron que venir por arte de encantamiento, dice:

«Con esto, resueltos todos á la empresa, nos dispusimos para acometerla: la dueña doña Rodríguez se vistió sus mejores manteos de seda castaño y terciopelo negro, y sus tocas de finísima muselina, no sin adornar unas y otras con randas y piedras, y proveerse cautamente de ensalmos, por lo que pudiera suceder. Altisidora, doncella animosa como un paladin, se aderezó como una reina, con un vestido de raso grana y randas de oro, que daba gozo de verla: dos solos pajes se atrevieron á acompañarnos, ataviados, por supuesto con sus ropillas y gregüescos de jalde y rojo. El duque, en todo modesto y elegante, iba de velludo negro con acuchillados azules. Y su esposa hubiera dado envidia á la misma reina Ginebra, y aun á la emperatriz de Golconda; tanto era el caudal de brillantes, esmeraldas y toda clase de piedras preciosas, con que mas bien cubría que bordaba su jubon, ceñía su talle y coronaba su cabeza. Era de brocado de oro y plata el brial, y el resto de terciopelo, que diera envidia á la flor del granado.

No es mucho, pues, que yo fuera ufano de servirla, armado de todas armas, cubierto con el áureo yelmo de Mambrino, apoyado en mi probada lanza, y fiado, no en mi buena espada, gracias á Ginés de Pasamante que me robó la mia, sino en el desnudo de mi brazo y en lo gallardo de la empresa. Sancho, en fin, que acostumbrado ya á estos viajes desde el de Clavileño, confiado en que hubiera alguna condonación en el precio del desencanto de Dulcinea, y aun codicioso quizá de que la duquesa le favoreciese con alguna hilacha de su bordado, que tal pudiera ser que valiese mas que el gobierno de una isla; Sancho, digo, ajustó su ropilla, ciñó sus gregüescos, y endosó su alforja.

Ya había la oscura noche tendido su negro manto por el aragonés horizonte, y aguardábamos todos á la orilla del Ebro que se presentase nuestro desconocido encantador, cuando un silbido tan agudo y fuerte que hubiera podido oírse en la cumbre del Moncayo y en el Coso de Zaragoza, nos anunció su presencia. Una monstruosa culebra que desplegaba sus anillos por toda la ribera del rio, se nos fué pavorosa y súbitamente acercando, mujendo como si le costase echar el a'iento por la precipitación de su carrera. Solo un ojo, grande y encendido, como la boca de un horno, brillaba en su cabeza. Quedaba tras sí un rastro de fuego; el humo que dejaba atrás en su carrera, era como de volcán; el ruido, que al acercarse se aumentaba espantosamente, semejaba al del terremoto. Con ser vuestra merced tan bizarro caballero, habrá de confesarme que fué mucho desnudo el mío, y mucha confianza la de mis huéspedes, en aventurarse á tal viaje con tal cabalgadura.

Cómo se realizó, ni yo lo sé, ni aunque lo supiera, alcanzara á decirlo: sé solamente que antes de media noche, con un movimiento mas dulce que el columpio de la tierna cuna, habíamos llegado todos á punto no lejano del convento de Atocha. Fué pasmo muy grande para mi encontrarme en aquel lugar—y á lo que supe por la misma sierpe conducidos—á la bella Dorothea toda ataviada como de boda, de blanco y oro, con

aquel mismo velo verde que tan gentil la paró en las asperezas de Sierra-Morena; á su esposo D. Fernando con gaban de velludo y pieles que dieran en qué envidiar, no ya á D. Diego de Miranda, sino al mismo emperador Carlos V, luciendo sobre su ropilla negra el collar y la encomienda de Calatrava; á doña Clara con vestido de raso azul y esquisitas randas salpicadas de pedrería, dando á entender en lo festivo del traje cuánto había mejorado su fortuna; Luscinda y Cardenio, unidos ya y no menos dichosos ni menos elegantes que D. Fernando y Dorotea; y hasta aquella amable y nobilísima doña Cristina, esposa del caballero del verde gaban, y la desdénosa pastora Marcela, ahora festivamente armada de su cayado florido, de su pellico mas blanco que el armiño y de su calabaza engarzada en oro, vinieron á besar las manos á la duquesa y á hacerme acatamiento, por mí nunca esperado ni merecido.

Una rica silla de manos aguardaba á S. E. Dos cuadrilleros de la Santa Hermandad abrian camino, y en este buen orden nos enderezamos al palacio de Medinaceli, que no es otro que el que edificó el cardenal duque de Lerma, cercano á los Capuchinos de San Antonio y á la esquina del Prado de San Gerónimo.

Pero ¡cómo explicar aquí su esplendor! La escalera, de blanquísimo mármol de Carrara, servía como de espejo á unos candelabros de oro que por misterioso artificio derramaban torrentes de luz. Y aquí comenzó á acreditarse la verdad de lo que el encantador nos había dicho, porque lo que ardía en los candeleros no era cera, ni aceite, ni cuerpo alguno combustible, sino uno como soplo, que dando llama y claridad, no dejaba pavesa ni ceniza.

El duque de Medinaceli, prócer en lo noble y esmerado en lo galán, nos aguardaba á todos en la escalera, y no permitió que la duquesa dejase su silla, ni nosotros de servirla, hasta que la viese y abrazase la dueña de la casa. Así se hizo, con gran ceremonia y cordialidad, en el gabinete en que entonces se hallaba, que era uno todo revestido de piel adobada en Moscovia y estampada de oro.

Estaba la bella duquesa, según el mago nos había dicho, vestida de sirena; algas verdes se entrelazaban á la poblada mata de sus largos y dorados cabellos; encendidos corales orlaban su pecho, y lo erguido de su garganta, de la que bien hubiera podido decir Garcilaso:

Es la columna que el dorado techo,
Con presuncion graciosa sostenia;

estaba toda cubierta de perlas, menos blancas que sus dientes, esmeraldas y diamantes, menos fulgidos que sus miradas. Pero tenga entendido vuestra merced que para librarse de esta sirena no hubiera sido poderosa toda la prudencia de Ulises, mucho mas si le fascinaba con cierto espejillo que llevaba en la mano, esculpido primorosamente y engarzado en una concha de finísimo nácar; espejillo en el que sin duda miraba por una parte su propio merecimiento, y por otra pondría en claro la fé de sus servidores.

Aun no nos habíamos apartado de allí, cuando nos salió al encuentro en un trineo su bella hermana: la nieve, envidiosa de su tez, había caído en copos sobre su rubia cabellera; su falda, brillante mas que las aguas del Rhin cuando se hielan, estaba por una y otra parte adornada de troncos secos y hojas salpicadas de escarcha; y todo este aparato bien nos daba á entender con cuánta razón había respondido el mágico que la otra hermana vestía de invierno, pero invierno que deja avergonzada á mas de una primavera.

Comenzamos entonces á discurrir por aquellos salones, unos cubiertos de pinturas de grandes maestros, tapizados otros de sedas y brocados, todos clarísimos con las arañas de Venecia y con los candelabros de

bronce cincelados. Músicas escogidas y armoniosas acompañaban en cuatro salones diferentes á los festivos bailarines: en una parte vasos cincelados, bandejas de filigrana, y blanquísimos y adamascados manteles de Holanda, contenían, ora refrigerantes y espirituosas bebidas, ora dulcísimas pastas, ora confituras delicadas, que á la par deleitaban los ojos y avivaban el apetito. Y allí en el fondo, á la vaga luz de alabastros transparentes, convidaba con su frescura el baño de mármol de Paros, ó el saltador de agua perfumada.

Por entre aquellas maravillas discurríamos, y todas ellas por cierto son menores que las que á cada paso nos salían al encuentro. Circe hubiera quedado pasmada. Armida hubiera tenido mucho que aprender en aquellas fantásticas estancias, porque no hay grandeza que allí no apareciese evocada, ni beldad que no se enseñorease en su dominio.

Allí los rudos y cazadores habitantes de los montes Caledonios, los siervos de la helada Moscovia, los chinos adormecidos por el ópio, los mahometanos habitantes del desierto. Allí vi á Colon, el que descubrió el Nuevo Mundo; á Carlos V, el rayo de la guerra, el genio mismo de Belona; los mas apacibles de la música, del juego y del canto; diablillos que sugieren risueñas tentaciones, horas que marcan solo momentos de placer. Allí había buena parte de nuestros tercios de Flandes, y no insignificante porción de colegiales mayores; la reina de Sabá, pasmada por la riqueza y magestad de su traje; otras reinas de Francia, de Escocia y de Inglaterra, competían con ella: las cruzadas no nos habían negado la pureza virginal de sus doncellas, ni los montes y valles de los Alpes el picante atavío de sus pastoras. Y otros trages, y personas y países, para mí desconocidos, como si aun estuvieran envueltos en el velo de lo porvenir.

Embecécelo en estas cosas, y departiendo con estos personajes, fui llamado por la sin par duquesa de Medinaceli al aposento de la cena. Aquí se hubiera vuestra merced reído de ver á mi escudero Sancho, que ni un punto se había separado de mi lado, extático en la contemplación de aquellos manjares. «Mal año, decía, para las boda de Camacho el rico, comparadas con estas cabezas de jabalí, y con estos faisanes que no han perdido su pluma, y con estos salmones, que no digo yo del reino de Francia, sino del mismísimo imperio de Neptuno pueden ser recién venidos. Pues no digo nada de los vinos: ¿qué tiene que ver aquel tinto de Valdepeñas con este otro licor espumante que da gozo al alma con solo verlo?»

Ya conocerá vuestra merced que allí acabaría para mí aquella noche la compañía de mi escudero, el cual se quedó entregado á estas serias meditaciones, mientras yo, con otros caballeros y damas, que el que menos era príncipe de sangre real ó emperatriz de muchos corazones, pasamos á ser retratados; que aun esta fineza quiso hacernos la magnificencia de nuestros huéspedes.

No bien acabado el retrato, el cual el amigo encantador me dijo que él lo haría luego con la luz sola, con arte y precisión tal que no desmintiese átomo ni quilate; digo que acabado el retrato, sintiendo ya en mí algo de aquel mismo sopor que experimenté en la cueva de Montesinos, fui á disiparlo ó satisfacerlo en cierta enramada que por la frescura de su ambiente podía aligerar mis sentidos, ó por lo tibio de su luz conciliar mi sueño.

Yo no sabré decir lo que allí me sucedió. Sé solo que en lo alto de la verde bóveda, encima de una cascada que se precipitaba con manso rui-lo, apareció un sol de vivísima luz; sus reflejos cambiaban de tiempo, ora sonrosados como los destellos del rubí, ora verdosos como los cristales del mar en calma, ora azules como el cielo de las noches de enero. Al compás de los acentos que por entre aquellas flores resonaban, ví las mas bellas de la fiesta, y como ellas y mas que

todas ellas, la sirena de que he hablado, tejer en festivas danzas listones de transparentes gasas, y llevar á tanto punto la belleza y el encanto, que cuanto mi fantasía habia podido imaginar y cuanto el mágico se habia atrevido á decir, me pareció poco y descolorido, comparado con aquella realidad imponderable.»

Hasta aquí la relacion de la fiesta contenida en la carta que aquí tenemos nosotros que cortar por falta de espacio aunque con el disgusto de privar á nuestros lectores de tan sabrosa lectura. Despues de su lectura nada podemos añadir, nada tampoco hay necesidad de añadir para que formen una completa idea de lo que fué el brillante sarao de los duques de Medinaceli, y al cual nada ha faltado de cuanto pudiera contribuir á su brillo y celebridad, nada absolutamente, ni aun esa inseparable compañera de todo lo grande y de todo lo bello, que ni el génio de la duquesa, ni la riqueza y esplendidez del duque, ni la belleza y suprema elegancia de las damas, ni la galantería de los caballeros, podrian darle, pues que habia de venir de los que no se hallaban en el número de los convidados ni el de los amigos; circunstancia que sin embargo, no podia faltar á tan suntuosa fiesta, que no debia faltar, pues era necesario para servirle de complemento. ¿Cómo siendo maravillosa al contar de los cronistas, y al decir de todos los concurrentes habia de pasar sin la punzante censura; hubiérale faltado la indispensable y última sancion de la belleza de lo bello, de la grandeza de lo grande? El baile pues, de los duques, ha tenido á la par de los elogios, amargas censuras; censuras que hubieran sido quizá justas á haber tenido aquel un carácter oficial; pero que carecen completamente de fundamento cuando se dirigen á una fiesta que por magnífica y suntuosa que haya sido, no ha tenido otro carácter que el de una reunion privada con que los duques de Medinaceli querian obsequiar á sus amigos, sin que por esto dejasen de estar representadas en ella con rarísimas escepciones todas las familias de la grandeza, que por razones particulares no se abstienen de asistir á los bailes, y tambien las demas clases distinguidas de la sociedad, lo mismo el general, que el magistrado; los ministros, como los diplomáticos; los empleados públicos como los escritores y poetas. No menos infundada juzgamos otra censura que hemos visto deslizarse tambien. Reconocida hoy en el estado de la sociedad presente, en que la industria tanto, tanto necesita para sostenerse, reconocida hoy, pues, la esplendidez y hasta la prodigalidad como una de las virtudes de las gentes opulentas, así como la economía lo es de las de fortuna modesta, preciso es reconocer que la esplendidez de los duques de Medinaceli, ha de merecer bien de la industria y el comercio. Así se hallase la industria nacional en estado de poder contribuir mas de lo que le permiten sus escasos adelantos al brillo de semejantes fiestas, y todas las familias opulentas imitasen á los duques de Medinaceli.

Algun tanto mas estensa quisiéramos hacer esta Revista, que algo deseábamos decir sobre las funciones teatrales, algo tambien de las pocas nuevas obras dramáticas estrenadas; pero limitando el espacio de que podemos disponer, y concluido tambien, suplicamos á los lectores tengan un poco de paciencia hasta la próxi-

ma Revista, en que les daremos noticia cierta y estensa de todo cuanto ha ocurrido y ocurra hasta aquel dia.

Madrid 10 de abril de 1861.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. Librerías de D. C. Bailly-Bailliére, calle del Principe, número 11.—D. Leocadio Lopez, calle del Carmen, núm. 29.—D. Jose Cuesta, calle de Carretas, núm. 9, y en la administracion del periódico, calle de la Magdalena, núm. 38. principal.

EN PROVINCIAS. *Albacete*. D. Ramon Sebastian Perez, libreria. —*Alicante*. D. Felipe Gil, calle de la Princesa, núm. 17.—D. Pedro Ibarra, calle Mayor, libreria.—*Almeria*. D. Antonio Cordero, y D. Mariano Alvarez y Robles, libreros.—*Avila*. D. Francisco Garcés, libreria.—*Badajoz*. D. Gerónimo Orduña, librero.—*Barcelona*.—D. Antonio Nasch, Rambla de Sta. Mónica, núm. 4, entresuelo.—D. Juan Oliveres, calle de Esquilarders, núm. 57.—D. José Ginesta, calle de Jaime I, núm. 3, libreria.—Sres. Sale hermanos, calle de la Union, núm. 3, papeleria.—D. Juan Maspon, calle del Conde del Asalto, núm. 39, 3.º.—*Bilbao*. D. Tiburcio de Aruy, libreria.—*Burgos*. Sr. Revilla, calle de la Paloma, libreria.—*Cádiz*. D. Abelardo de Carlos.—*Revista Médica*.—*Castellon de la Plana*. D. Juan Maria de Soto.—*Ciudad-Real* Don Perfecto Acosta, calle de Toledo, núm. 53.—*Córdoba*. D. Francisco Lozano, calle de la libreria, número 65, libreria.—*Coruña*. D. Miguel Fernandez.—*Cuenca*. D. Pedro Mariana, libreria.—*Cáceres*.—D. Francisco Zancado, Almacén de papel en el portal del Llano.—*Gerona*.—D. Felipe Constant.—*Granada*. D. José Ventura Sabater.—*Guadalajara*. D. Manuel Lopez Pastor, calle Mayor Alta, núm. 5.—*Huelva*. D. Nicolás Dominguez.—D. Francisco Rosado y Doria.—Don José Redondo.—*Huesca*. D. Juan Carderera, administrador del periódico titulado *El Alto Aragon*, calle del Coso.—D. Felipe Martos Febrer, Plaza de Santa Maria, núm. 2.—*Jaen*. D. José Antonio Lontero, calle de Compañia.—*Las Palmas*. Libreria de Urquiza.—*Leon*. D. Ricardo del Arco.—*Lérida*. José Sol, libreria.—*Logroño*. D. Francisco Iñiguez.—D. Domingo Ruiz, libreria.—*Lugo*.—D. Celestino Marti, Plaza del Campo, núm. 8.—*Málaga*. D. Francisco de Moya, libreria.—*Murcia*. D. Antonio Molina, libreria, y Fermín Guirao, libreria.—*Orense*. D. Robustiano Pérez de Santiago, calle de la Fuente del Rey, núm. 6.—*Oviedo*. D. Manuel Alvarez, librero.—*Palencia*.—Sres. Gutierrez é hijos, libreria.—*Palma de Mallorca*. D. Miguel Pons y Barrutia, frente al Horno de Capuchinos, núm. 56, principal.—*Pamplona*. D. Regino Bescansa, libreria.—*Pontevedra*.—D. José Vilas, librero.—*Salamanca*. D. Clemente de Ferrater, Plaza de la Verdura, núm. 54, libreria de Oliva.—D. Diego Vazquez, calle de la Rua, libreria.—*Segovia*. D. Pedro Aguado, D. Eugenio Alejandro, D. José Martín, calle del Real, libreria.—*Santander*.—D. Clemente Maria Riesgo, libreria.—*Sevilla*. D. Enrique Adame, calle de Tetuan, ante de los Colcheros, núm. 24.—Señores hijos de Fé y compañías libreros, misma calle núm. 19.—*Soria*. D. Rafael de Vera, calle del Conde de Gomara, núm. 5.—*Santa Cruz de Tenerife*, Señores Bonet, hermanos, libreria.—D. Luis Marín, calle de San Juan, número 11.—D. Juan N. Romero, calle de la Luz, libreria.—*San Sebastian*. D. Ignacio Ramon de Baroja, librero.—*Tarragona*. D. Antonio Puigruhi y Canals, libreria.—*Teruel*.—Vicente Mallen, libreria.—*Toledo*. D. Juan Antonio.—Imprenta de Cea.—*Valladolid*. Sres. hijos de Rodriguez, calle de Orates núm. 31, libreria.—*Valencia*. D. Juan de Leyva, calle del Molino de Robella, núm. 9.—Centro general de suscripciones, Caballeros, 1.—*Vitoria*. D. Juan Alvarez Vigil, calle del Prado núm. 12, cuarto 3.º.—D. Bernardino Robles, libreria.—*Zamora*. José de Jesus Conde, calle de San Andrés, núm. 6.—*Zaragoza*. D. Vicente Andrés, calle de la Cuchillería, núm. 42, libreria.

Por todo lo no firmado,

El secretario de la redaccion, MANUEL MURGUÍA.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berenguillo
Magdalena, 38 principal.